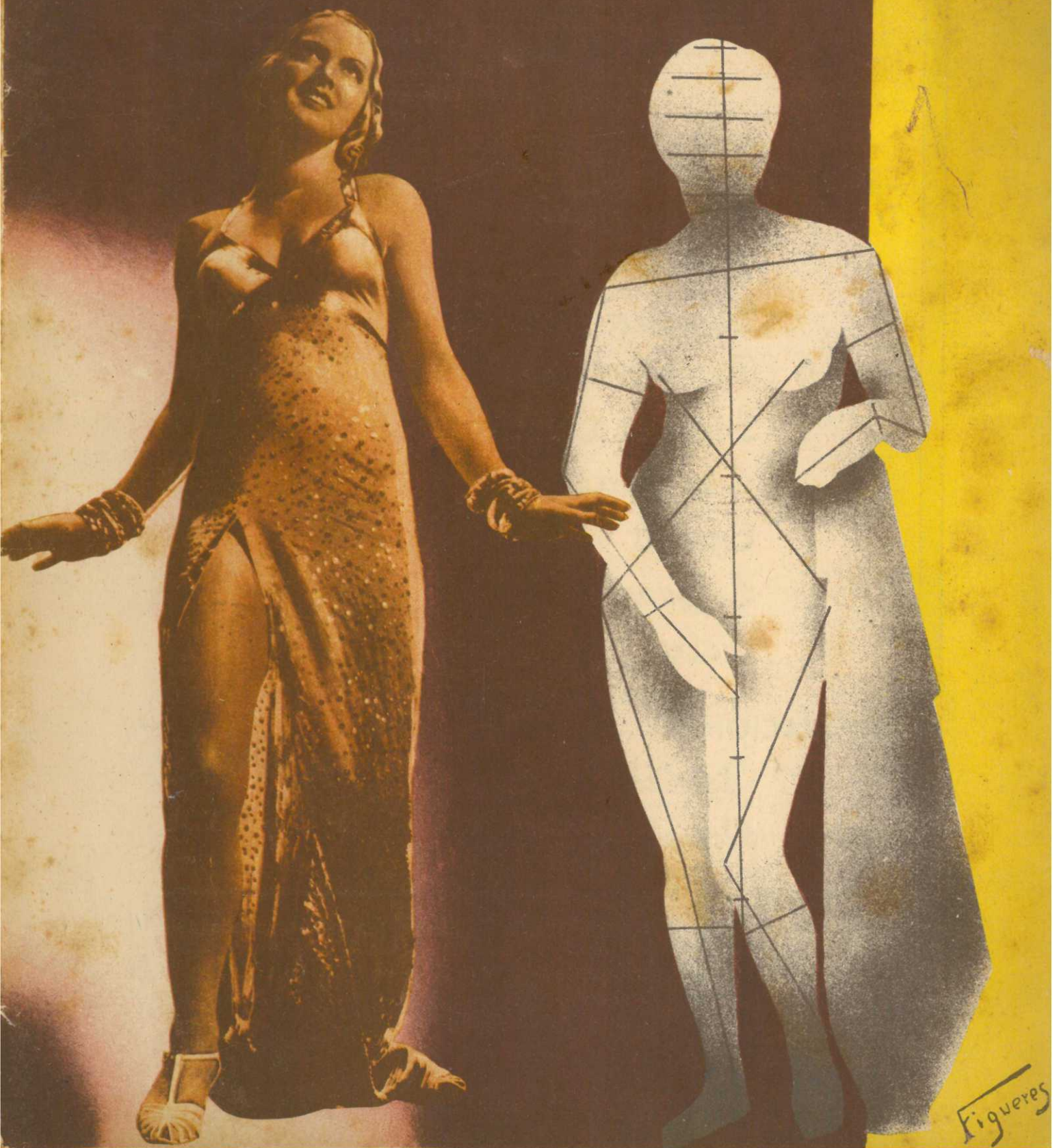


# LIBRE-STUDIO





# LIBRE-STUDIO

# 8

NÚMERO

VALENCIA-ENERO

ESCRITOS  
DE

*H. Noja Ruiz*

*M. Alandí*

*Morales Guzmán*

*Dr. Martínez*

*Santana Calero*

*Ada Martí*

*Cyrano*

*L. Janrot*

*y otros*

ILUSTRACIONES

DE

*Borrás Casanova*

*Katy - Llavata y Fermín*

**UNA**  
**PESETA**

REDACCION Y ADMINISTRACION: Nicolás Salmerón, 13, bajo - Apartado 495

TALLERES: Impresos Cosmos - Pintor Salvador Abril. 38 - Valencia



# Libre-Studio

*Revista de Acción Cultural al servicio de la C. N. E.*

A Ñ O

Valencia, enero de 1938

NÚMERO

III

Redacción y Administración: Avda. Nicolás Salmerón, 13, b.

Apartado de Correos 495

Teléfono 12.148

8

## La iniciación filosófica de la Revolución española

Por  
JUAN MIGUEL

I

Los pueblos cuando se deciden y se lanzan, es difícil detenerlos. Y peligroso. Emprenden impetuosos la carrera, fijan sus inmensas pupilas en la meta, confiados en su fuerza y sus virtudes. Y asaltan, invaden y desbordan trabas y barreras. Son inexorables como la Muerte. Poderosos como la Naturaleza. ¡Qué felices momentos! Se pronuncian. Claman la Verdad. Instauran la Justicia.

La contextura íntima. La cobardía. Y la recatada ignorancia de ciertas gentes, se evidencian cuando el pueblo se levanta. Le temen. se han acercado, «descendido», a él porque concede la gloria. Perpetúa la obras. Y premia los hechos con su inmarcesible Amor. Pero ¡qué pocos lo aman con sinceridad! Y qué escasos, los que lleguen al sacrificio en el que se debate generoso. Con la generosidad de un dios. El —dios-pueblo— que veneraba Tolstoy.

\* \* \*

En cuantas ocasiones se le han presentado al pueblo español, ha pretendido levantarse. Sacudirse instituciones, creencias y representantes que le pesaban, y que se holgaban de verlo hincado en la tierra que engullía sus lágrimas; reducido en las lóbregueces de fábricas y talleres, o maniatado en las prisiones. Más nunca abatido.

Solitario, componía en su ser. Ensayaba en su cuerpo, la doctrina rebelde y creadora que conquistando rudas inteligencias, delineaba en ellas nuevas normas de existencia. Precediendo a la eclosión del movimiento proletario español, forjándose el ser de su Revolución, como otros sistemas filosóficos han sido los precursores de las subversiones que dirigieron profundamente el curso de la historia.

Y en estos momentos para los pueblos nada hay sombrío. Se sienten plétóricos de su propia luz. Y los hechos van llenando de realidades los espíritus de los hombres y convierten sus inquietudes en la inquietud de la Humanidad.

Ya no importa que después, con subterfugios se les haya hecho deslizar a interesados acontecimientos. Esto no era su voluntad. El pueblo francés, no pensaba ni soñaba en la represión ni en el imperialismo napoleónico, cuando atacaba a pecho desnudo la mole vetusta de la Bastilla. Cuando asaltaba las Tullerías. Cuando heroicamente vencía a la Reacción europea en Jemmapes; ni cuando las guillotinas establecidas en la plaza del Chatélet, de la Grève y la Concondia, de París, hacía caer la cuchilla en los pescuezos de los realistas, los traidores y los comerciantes desaprensivos y codiciosos. Otro era su pensamiento, que se vio perturbado por simbolismos destructores de la estructura de la vida.

Con estos antecedentes sobre el destino de las revoluciones, nos



relevamos de emitir opiniones sobre otras. No existe relación de continuidad psicológica entre esos periodos de historia social en los que el pueblo derriba triunfal a sus erigidos rectores que le niegan toda personalidad, y la sujeción a que con falsos motivos se hace de sus energías nacidas de la profundidad de un nuevo espíritu. En éstos, se realiza la ruptura del pueblo con la realidad de su historia. En aquéllos, se incorpora a la ACCION directa que rige al mundo. Es cuando los pueblos viven, avanzan y crean.

## II

La Naturaleza y con ella todo lo que de la misma depende, se halla sometida a una ley, la ACCION, que actúa en dos grados diferentes sobre toda esencia natural: CREACION y DESTRUCCION.

El género humano, las instituciones, las creencias y costumbres son obra, movimiento, de la lucha constante entre la «Creación» y la «Destrucción», y en la voracidad de la ACCION, vemos levantarse civilizaciones, razas, culturas que son «destruidas» y reemplazadas por nuevas «creaciones» que llevan dentro de sí, la «Acción-Destructora» que impulsa a nueva «Acción-Creadora».

Debemos aceptar como natural y no temer la lucha que se agita entre los elementos. Rebulle en los seres. En el organismo cósmico. No significa ello que siempre la lucha implique violencia extrema y permanente. Sufre el proceso natural de la ley de la ACCION a la que están vinculadas y sometidas sus partes y cuya finalidad, «crear y destruir», pueden producirse en muchos casos insensiblemente. Suavemente. Como la muerte acude dulce a cerrar para siempre los ojos del anciano en plena senilidad. O la vida los abre sorprendidos, al recién nacido a la luz leve y matinal.

Mas otras, se manifiesta violenta, inesperada. Al impulso enorme de fuerzas volcánicas que se acometen, estremecen y abren la tierra. Y derrumban y precipitan en profundos cráteres la estructura orgánica.

No tratamos de acometer en este trabajo la exposición minuciosa de la teoría de la ACCION. Sino señalar que, según la relación del pueblo con el grado «Creador», avanza, progresa y mantiene éste sucesivamente. Y a esta parte corresponde una Filosofía precursora de la entrada de los pueblos en la órbita creadora, para convertir en realidad las concepciones de las inteligencias de algunas individualidades.

Y bajo la influencia de los sistemas de Descartes, Hobbes y Locke, surge la revolución liberal inglesa del siglo XVII. Y se inicia la Revolución francesa, el vigor espiritual de las concepciones de los Enciclopedistas. Como las características de la Revolución rusa, llevan reflejadas las doctrinas de Dostoyewsky y Tolstoy, extraídas de los seculares alucinamientos místicos de la raza y de su prolongada opresión.

Mas la filosofía de la Revolución española, no va del individuo a la colectividad. Es al contrario, emana del pueblo. Posee la rara particularidad de haber sido creada en la «Acción» de masas. Como cadena de fuertes y macizos eslabones de diverso metal, ha sido forjada en las fábricas; en lóbregos talleres, alumbrada por igneas fraguas, mecida por la música fragorosa de las máquinas y desarrollada e impelida por los Sindicatos obreros.

Y el pueblo agitado por la ACCION, luchaba por penetrar en el grado de «Creación» con toda su personalidad y su vida, mientras los políticos, los pensadores no recogían, analizaban ni comprendían la nueva civilización que entre diversos ambientes del pueblo, llenaba de ideas el espíritu de las multitudes. Y ya la Revolución no puede ser un retroceso en la marcha del Hombre. Aunque la pretendan interrumpir la selección de la «vieja política democrática».

Tal vez el azar de la guerra detenga un tanto la violencia de su marcha. El resultado final, no anulará el instinto superior del pueblo español.



# **Labor pacifista** por CYRANO

El mayor enemigo de la paz es la incompreensión. Porque la guerra no beneficia positivamente a nadie. Guerrear no tiene ni siquiera la excusa de la conveniencia. Y lo prueba el hecho de que las naciones más prósperas lo son precisamente las que han renunciado de hecho a las aventuras bélicas.

Hubo un tiempo en el cual pudo admitirse como moneda de buena ley la dura necesidad de equipar ejércitos para lanzarlos a la matanza. Con todos sus horrores, la guerra era un agente de progreso, un medio brutal de selección, una exigencia de la lucha por la vida que concedía o posibilitaba la supervivencia de los más aptos. Hoy no ocurre nada parecido. El desarrollo adquirido por la civilización hace inútil el rudo procedimiento. Los pueblos pueden comunicarse pacíficamente y con notable celeridad, y toda conquista realizada por el ingenio humano se universaliza en el acto. No es preciso el choque violento entre los pueblos para fundir en una dos civilizaciones ni para favorecer la fusión de las razas. El mundo se ha hecho pequeño, la civilización sigue en todos

los climas parecidas directrices, y la humanidad reacciona ante las solicitudes del medio de un modo semejante bajo todas las latitudes, y semejantes son también las ideas y sentimientos que la dinamizan. No hay verdadera necesidad de empuñar las armas para imprimir a la obra civilizadora un rumbo ni para llenarla de contenido. Poseemos suficientes elementos de cultura para obtener en poco tiempo y en ese orden lo que no podríamos obtener de ninguna manera recurriendo a los brutales procedimientos de la guerra.

No hay manera de explicarse por qué se recurre todavía a las armas y se promueven colisiones asoladoras y terribles. Insensatez, dolorosa desviación del sentimiento, fruto nocivo de la voluntad de dominio, rebrote del primitivismo, de ningún modo exigencia apremiante de una necesidad imperiosa. Quienes preparan y desatan guerras en nuestro tiempo son verdaderos anormales encaramados en la cúspide de la sociedad y mantenidos en ella por la cobardía de las mayorías. No puede darse otra interpretación más benévola al fenómeno.

## **“Casus Belli”**

Se atribuye la guerra al excesivo crecimiento de la población, que impone la necesidad de conquistar territorios nuevos, ora para ampliar las fronteras del país, cuya proliferación es excesiva, o bien para colonizar pueblos rezagados o de distinto tipo de civilización. También suele atribuirse a la precisión de poseer materias primas en armonía con las exigencias del progreso industrial.

Pero eso no es del todo cierto.

Es posible que el exceso de población dé origen a la guerra. Pero eso es, en el fondo, una ilusión. No hay país más pródigo que la China. Ni menos guerrero. Por otra parte, son menos frecuentes los conflictos bélicos en la actualidad que en tiempos pasados, cuando el mundo se hallaba incomparablemente menos poblado. El crecimiento de población es el pretexto de que hacen uso los pueblos belicosos para justificar sus apetencias imperialistas. O mejor dicho, los que pretenden gobernar a los pueblos y alimentan propósitos de conquistas territoriales.

La necesidad de primeras materias no puede ser tampoco causa de guerra. Ciertamente el desarrollo industrial hace cada día más necesaria una mejor distribución de esas materias. Pero obsérvese que, por regla general, aquellos países que reclaman imperativamente minerales, combustibles y carburantes, para llenar cumplidamente las exigencias de sus industrias, necesitan, además, mercados que consuman su

producción, y carecer de ellos es también causa de guerra.

En el estado actual de nuestro progreso pueden eliminarse todos los llamados «casus belli», desplegando un poco de buena voluntad y obrando previsivamente. La guerra no tiene justificación posible. Más que al exceso de población, más que a la necesidad de disponer de materias primas y más que a propósitos civilizadores, obedece al egoísmo y a la estulticia humanos y a la soberbia de los que empuñan las riendas de la sociedad. En un sistema social, razonablemente organizado, la guerra no tendría ambiente, a pesar de la predilección del hombre por los espectáculos violentos.

Guerrear no es necesario. Ni la posesión de colonias resulta ya un buen negocio. De eso sabe más que nadie Inglaterra, país colonizador por excelencia. Las colonias, en tanto se mantienen por debajo del nivel moral de la metrópoli, rinden algún provecho. Pero ese provecho hay que invertirlo en mejoras dentro del mismo país colonizado si se desea evitar las explosiones naturales del descontento. Es decir, que la colonia consume sus rentas, no dejando otra ventaja al colonizador que la de ofrecerle un mercado y a veces una fuente de materias primas. Ventaja más ilusoria que real, puesto que la competencia comercial no se elimina por la fuerza, y si se intentara por la fuerza eliminarla, los gastos que esto supondría superarían de mucho a los probables ingresos.

## **La verdadera causa de la guerra**

No cabe la menor duda. La verdadera causa de la guerra radica en la índole íntima de la organización social que soportamos.

El capitalismo ha posibilitado el enorme desarrollo de la técnica aplicada a la producción que hace posible la multiplicación de los productos, reduciendo al mínimo el esfuerzo humano; pero no ha podido impedir que el progreso se generalice. La realidad es esa. Hasta los rincones más apartados del planeta han llegado las conquistas de la mecánica y se han impuesto los modernos procedimientos industriales. Y, naturalmente, cada día hay menos mercados. Los pueblos que ayer vivían de la importación, hoy se

hallan en condiciones de exportar. De clientes se han convertido en competidores. Y no hay posibilidad de salir del atolladero, salvando el interés capitalista.

Se produce mucho sin agotar todas las posibilidades de rendimiento. Y este fenómeno se registra en todo el mundo civilizado. Cada pueblo procura bastarse a sí mismo y ponerse en condiciones de competir en el exterior con los demás. El hecho se produce durante la Gran Guerra. La necesidad de llenar el hueco que dejaron en los talleres y en los campos los 63 millones de hombres movilizados y llevados a las trincheras y los 94 millones de operarios ocupados en trabajos exclusivamente para atenciones de



guerra, indujo al técnico a idear y aplicar nuevos procedimientos de trabajo y obligó a todos los países. a desarrollar a todo tren sus posibilidades. El resultado ya lo conocemos. Aun no poniendo en actividad a todo rendimiento la industria existente, los mercados no pueden absorber los productos elaborados, y, como es lógico, el colapso industrial se produce, alcanzando aterradoras proporciones.

En una sociedad razonable no habría problema. Todo se reduciría a distribuir el trabajo de forma equitativa, no produciendo más de lo exigido por las necesidades reales de la población. Pero en el sistema capitalista no se puede proceder de modo tan sencillo. No se atiende al interés colectivo. Lo que importa es la renta que permite a unos cuantos vivir cómodamente, disfrutando de todo a costa de la miseria de los demás. Y como eso no puede mantenerse por más tiempo, si no se logra reducir a las mayo-

rias a esclavitud, y esto no se logrará sino por la violencia, la guerra se hace inevitable. No la guerra inspirada en la necesidad de conquistar nuevos territorios, sino la que tiende a imponer por la fuerza determinadas formas de gobierno, hace siglos fenecidas.

Las guerras modernas no pueden ser otra cosa que gastos defensivos de un sistema político-social que agoniza y no se resigna a morir. Desde que el capitalismo logró apoderarse de la dirección de la sociedad, las guerras no tuvieron otra finalidad que la de extender y afirmar su predominio. Ahora, en sus postrimerías, las provoca creyendo insensatamente que así va a evitar, o al menos retardar, su caída inevitable.

Luego la verdadera causa de la guerra radica en la organización social que padecemos. Y únicamente se pueden evitar las aventuras bélicas transformándola de un modo radical y completo.

## Cómo evitar la guerra

Se nos dirá que propugnando la transformación radical y profunda de nuestras situaciones sociales, no evitamos la guerra. Cierto. Para operar esta transformación es necesario de todo punto provocar una explosión formidable que lo remueva todo de alto a bajo. Es precisamente lo que se proponen los últimos lacayos del capitalismo. Con una diferencia. Esta: que ellos pretenden empujar hacia el pasado el carro del progreso y nosotros nos proponemos acelerar su marcha hacia el futuro.

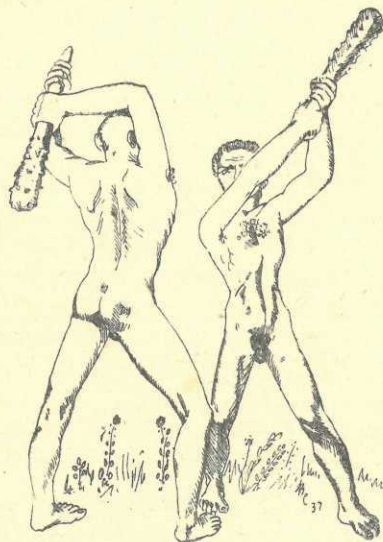
No se puede evitar la guerra. Desgraciadamente. Pero sí podemos conseguir que nuestra guerra sea la última. Hemos llegado a una altura insospechada en todos los órdenes. Podemos vivir todos de una manera decente sin estorbarnos los unos a los otros y sin necesidad de dirimir nuestras cuestiones a cintarazos. Sólo estorba a nuestra cordialidad el antagonismo de intereses que caracteriza al sistema capitalista. Se podría llegar a la creación de los Estados Unidos de Europa bajo la forma federalista, respetando a todo trance las características peculiares de cada pueblo y de cada grupo étnico. Eso no sería difícil si no existiera el capitalismo, el enemigo más serio de la fraternidad humana y, por ende, del pacifismo.

Hay que acabar con el capitalismo para matar en su origen las causas de la guerra. Para ello es necesario empuñar la tea revolucionaria, provocar la guerra social, crear un estado de conciencia nuevo en un medio nuevo. El pacifista sincero ha de convenir forzosamente en esto. La paz únicamente se mantiene sobre la mutua tolerancia, y ésta no puede coexis-

tir con los intereses inconciliables que alimenta el actual sistema. ¿Cómo pueden existir relaciones de cordialidad, por ejemplo, entre la Rusia soviética y la Alemania nazi o la Italia fascista? El haz lictorio y la cruz gamada no pueden armonizar con la hoz y el martillo. Para que la necesaria armonía exista, para que se desvanezca la nube de celos que empuja a los pueblos a armarse hasta los dientes para acometer al vecino o para defenderse de sus acometidas, es indispensable concluir con esta manifestación de la lucha de clases, que es el fascismo brutal y agresivo, y evitar, con la desaparición de las clases, que esa brutalidad pueda reproducirse.

La guerra puede evitarla la revolución. Si ésta no se produce antes que aquélla, se producirá después. La civilización, lo que tiene de valor de eternidad por su contenido humano la civilización, no puede perecer. Y no evitar, al precio que sea, la barbarie de la guerra, es herir de muerte a la civilización.

Guerra social contra la guerra imperialista. El capitalismo, en su agonía, no vacilará en destruirlo todo antes que aceptar pasivamente su propio aniquilamiento. Para evitar la catástrofe, para evitar la guerra, es preciso provocar la revolución. De ahí que el verdadero pacifismo sea esencialmente revolucionario. Porque únicamente se evita la guerra por la revolución, y sólo puede establecerse la paz en una sociedad que no se fundamente en el antagonismo de intereses que forman la esencia íntima del sistema capitalista.





# La acción directa

**por M. ALANDÍ**

La táctica de los Sindicatos revolucionarios es la llamada *acción directa*. Ha habido marcado interés en desorientar a la opinión en general sobre lo que representa esta norma de lucha, que ni es nueva en la humanidad ni lleva consigo forzosamente el uso de la violencia.

No ha habido movimiento político, social, religioso ni científico que haya producido un verdadero avance en la cultura y la civilización, verdaderas, sin que haya adoptado para vencer la norma de la ACCION DIRECTA.

La interpretación de los textos sagrados directamente por el hombre desentendiéndose de las interpretaciones que a ellos daba la Iglesia, es una actividad que coloca a la razón humana directamente y por encima de todo para que sea ella quien se dé el sentido y el alcance de las máximas y normas sagradas. Con ello se produjo la llamada revolución religiosa, que tuvo insospechado alcance, puesto que colocaba, en aquella época, tal vez sin darse cuenta, los llamados reformadores, en superior plano de respeto y de intangibilidad a la razón.

En el orden político, el ansia de los pueblos de intervenir en la dirección y administración de su país respectivo, determina el fin de los poderes absolutos, y véase en ello que en tal momento la opinión pública, al desplazar el poder absoluto, lo hacía bajo la fuerza nacida de que directamente el pueblo intervenía para regular la vida en común, por encima de quienes sostenían que tales funciones eran privativas de una familia o de una casta.

La Ciencia, por su parte, ha sido quien más tenazmente ha usado de la acción directa para alcanzar el grado de esplendor a que ha llegado en nuestro tiempo. Sus hombres han sostenido frente a la interpretación que la Iglesia daba a los fenómenos físico-naturales, las conclusiones resultantes de la observación directa de los mismos. No se precisa citar casos en que ha sido necesario llevar hasta último extremo en este orden la acción directa en la ciencia; pero no obstante se puede recordar como caso típico la suerte desgraciada que corrió Miguel Servet, quien sostuvo su descubrimiento de la circulación de la sangre en el cuerpo de los seres, verdad que llegó a mantener tenazmente frente a lo sostenido por la Iglesia, que en aquella época se arrogaba la interpretación de todos los fenómenos físico-naturales. Es indiscutible que en este como en otros casos se ha usado la acción directa de un hombre por encima de la interpretación elaborada ya de aquel fenómeno a que dedicó su atención y estudio. Bien es verdad que este ejercicio de acción directa representaba ser víctima de la violencia por no aceptar un absurdo, cuando éste tenía entonces una fuerza material que se empleó en contra del hombre que había trabajado bajo la llama de la entonces no titulada aún *acción directa*.

En lo social, ha tenido su primera expresión en la lucha del proletariado contra el capitalismo. Y es innegable su eficacia cuando no ha habido organización alguna leal a la defensa de los intereses de los trabajadores, que no haya empleado la huelga como arma para hacer triunfar las mejoras del proletariado, aun teniendo éstas carácter meramente circunstancial y de no gran trascendencia en las condiciones económicas en la vida.

Pero la acción directa sin llegar a la huelga, ha sido empleada, al plantear sus reivindicaciones, de momento por los trabajadores a sus empresas directamente y en algunos casos se ha encontrado solución al conflicto sin necesidad de recurrir a la huelga misma.

El carácter de violencia con que se ha intentado rodear la táctica de acción directa, tenía la finalidad de presentar ésta como un arma reprochable; pero si bien se analiza se verá, que la existencia de la violencia está no en la táctica sino en los intereses en lucha en cada uno de los problemas que en el orden político, científico, social o religioso se encuentran en pugna, a veces irreconciliables, porque según que venzan unos u otros, la desaparición del sector que representa los intereses vencidos se inicia con ello y otras veces es su fin definitivo.

Interesa, pues, en bien de que los pueblos tengan un arma poderosa para su liberación,



que sea analizada la acción directa tal como ella es, sin detenernos demasiado en todo cuanto se ha dicho para desfigurar su verdadera esencia.

A nuestra época, y es de esperar que mejor aún para las generaciones venideras, no se le puede ocultar ni menos desfigurar esta norma de actuación que tan espléndidos resultados ha dado en las diversas actividades del género humano.

Afortunadamente cada día se despierta más el espíritu de análisis entre los hombres, y lo que hay que hacer es incrementarlo lo más posible, pues ello ha de dar como resultado unas mejores condiciones para la creación de la opinión pública.

Esto, a nuestro juicio, se alcanzaría de una manera insospechada tan luego como nos encontráramos en el deber de actuar adoptando la táctica de acción directa.

Es cierto que el lector llegará a preguntarse cómo va a ser posible que todos actuemos directamente en las labores legislativas, judiciales y ejecutivas; en la administración provincial o municipal, al mismo tiempo que en las funciones de la producción y de los servicios.

Dentro de los actuales organismos que tales funciones tienen encomendadas, es cierto que no es posible la aplicación de la acción directa ya que ésta representa una profunda revolución en la estructuración política. De continuar las normas que hasta ahora han venido rigiendo para la actuación pública, permanecerá el pueblo ausente del interés en los problemas que afecten a la cosa pública y sólo se apasionará en determinados momentos por aquellos problemas en que a veces se ha producido ya el daño irremediable contra el parecer de la opinión pública en general.

Para evitar esto se precisa que en las circunstancias más oportunas, puedan establecerse procedimientos y organismos mediante los que la clase trabajadora pueda intervenir directamente en las resoluciones de los organismos que rijan la vida pública.

Aun cuando en estas circunstancias, la guerra, se podrían adoptar normas que concentren en manos solventes poderes excepcionales, no por ello se ha de dejar el tener presente que sólo en estos momentos son convenientes y aceptables.

Hemos de crear la convicción, de la necesidad de la máxima intervención posible directamente para la resolución de los asuntos públicos.

En la misma Constitución de la actual República Española se establece para algunos asuntos su aprobación o no mediante *referendum*.

Es nuestro deber, pues, ver de ensanchar en todo cuanto sea posible este principio que se establece en el Código fundamental de la República.

No se trata más que del problema de que, la clase trabajadora y los demás sectores de opinión, tengan medios no sólo para determinar resoluciones, sino que cuenten con organismos apropiados para que directamente en todo momento y en cada caso, puedan exponer los agravios que recibieran, las negligencias que observaran, las deficiencias en todo cuanto a la vida de relación notasen; así como también las condiciones inaceptables en que tanto la vivienda, alimentos, vestido y los servicios que a la vivienda atañe e igualmente a los que tuvieran carácter público, pesan continuamente en su vida diaria. Ello debería ser recogido en *organismos locales* por los que se tuviera el cauce por el que todo trabajador interviniera en la manifestación de aquellas deficiencias que debidamente agrupadas formarían el conjunto de cuestiones a resolver planteadas por la comunicación directa del pueblo.

Si se rodeaba a estos organismos de las grantías necesarias para que toda manifestación hecha ante ellos no pudiera repercutir en la más leve molestia para a aquel que a ellos acudiera, se conseguiría que con esta actuación directa el pueblo empezara a sentirse con ansias de ser verdaderamente creador de su propio destino.

Para intervenir directamente en todo cuanto se refiera a las normas que se establezcan para una regular convivencia, se requiere que la sociedad tenga una estructuración más que en un sentido político en uno social. Si nos fijamos en que la civilización ha sido el resultado del Trabajo en todas sus manifestaciones, es sobre esta base objetiva que habrá de cimentarse la estructuración social de los pueblos. El organismo por tanto han de ser los Sindicatos. Estos, por medio de sus Federaciones de Industria y ante las necesidades manifestadas directamente, como hemos dicho en líneas anteriores, establecen, junto con los demás factores propios de su Industria, el plan en principio a desarrollar, ya sea su labor en la producción, distribución, servicios y actividades científicas y literarias. El Consejo Nacional de Economía articula dentro de las posibilidades los distintos planes de las Federaciones de Industria. Las Federaciones Locales y Regionales recogen las inquietudes manifestadas en orden a la vida de relación por el organismo indicado, presentado las soluciones adecuadas. El



Organismo nacional de los trabajadores agrupados en los Sindicatos presenta el plan económico y las resoluciones pertinentes a la vida pública que hayan de aprobarse por el Congreso de Trabajadores de los Sindicatos. Estos, previamente, han dado a conocer a sus integrantes lo que en el orden económico, social, político, científico, etc., se propone para su aceptación y llevan al Congreso la expresión directa sobre tales problemas de los mismos trabajadores.

Sin duda alguna que habrá siempre un margen de actuación, por la índole imprevista de los problemas, en la que tengan que adoptarse soluciones bajo la responsabilidad de quienes rijan los organismos a quienes competa tal resolución. Pero así y todo esta responsabilidad llegado el momento deberá determinarse por el mismo procedimiento de que se pronuncien en sentido contrario o favorable directamente los trabajadores por medio de su organización local, regional o nacional a que afecte la resolución.

Tan luego como se acentúe la acción directa en lo político-social, se irán concentrando y objetivando más cada vez los problemas y en su consecuencia se irá acabando con la baraunda de discursos y literatura que en la vida pública llega a aturdir a los pueblos, haciendo que sólo se muevan éstos por estados pasionales no siempre los más a propósito para determinar acertadamente el camino a seguir para su emancipación. Es necesario que el pueblo tenga bajo su plantas la firmeza de roca del suelo que pisa y entendemos que para ello hay que esforzarse para que en ocasión propicia se hagan toda clase de esfuerzos para llevar a lo político y a lo social la ACCION DIRECTA de los trabajadores y del pueblo en general, no sólo por los óptimos frutos que en bien de la humanidad ha producido esta arma en las diversas actividades del hombre para abrir cauces nuevos frente a los angostos que aprisionaban las manifestaciones de la vida sino por entender además, que la práctica de esta actuación en todo lo referente a lo económico y a la vida pública ha de colocar en manos del pueblo el arma más poderosa para defender su marcha ascensional de emancipación.





# Los negocios de España

## Historia de ayer y de hoy

Por León Janrot

(Final)

Mas el financiero francés se hizo horribilmente maquiavélico. Parecía que el Emperador se inclinaba a admitir las proposiciones inglesas, estipulando en ellas la libertad de medidas navales y militares, de modo que permitiesen, en realidad, recobrar Santo Domingo, adonde ya había hecho una deplorable expedición el Primer Cónsul. ¡Las fuerzas destinadas, en apariencia, a Santo Domingo, fuerzas que Ouvrard estimaba que no debían ser inferiores a 60.000 hombres, no se enviarían a esta isla sino, en realidad, a la Luisiana!... ¿Por qué a la Luisiana? Porque los ciudadanos de los Estados Unidos habían establecido ya buenos caminos hacia el centro del territorio norteamericano y también hacia las fronteras del Sur, hacia Méjico. Por eso el desembarque sería más indicado allí que en otra parte. Napoleón obligaría al Gobierno español a que enviase a Méjico tropas que se unirían al ejército francés, y entonces se podría notificar al Gobierno de los Estados Unidos el deseo de Su Majestad de que se separasen de Inglaterra, "y que ese Gobierno (el de los Estados Unidos) recibiera, para reinar en él, un príncipe de la Casa de Francia, y se les podría alegar que *ése es el único medio de que gocen completamente de la independencia que Francia les procuró originariamente*".

La servidumbre de España y de los Estados Unidos dependería de un decreto firmado por Napoleón. Un Bonaparte más sería colocado en un trono que se elevaría en la patria de Franklin, a la que, treinta años antes, había dado La Fayette la libertad y que el financiero Ouvrard pensaba restituir a la servidumbre. Sin duda, Ouvrard preveía que esta osada eventualidad provocaría alguna sorpresa, acaso hasta alguna reprobación. El financiero quiso reconocer, en efecto, que el éxito de este plan "sería contrario a la fe debida a los tratados en general", porque en el tratado secreto de Fontainebleau, de 27 de octubre, ¿no había garantizado el gran Emperador la independencia y la integridad de la monarquía española? ¡Bah! ¡Papeles mojados!

Los que no han tenido escrúpulos para violar la fe jurada, los han arrojado sobre los que respetaban la palabra dada. La sorpresa no sería, pues, más que para Inglaterra, que siempre estuvo plagada de escrúpulos nacidos del respeto al derecho de gentes, porque, para muchas naciones, el derecho de gentes no es más que un Código de expropiación. No mires la calidad moral de los medios, aconsejaba Maquiavelo a su Príncipe. Lo primero es apoderarse, aconsejaba Ouvrard a Napoleón; lo primero es apoderarse con apariencias de virtud, porque es más importante parecer virtuoso, que serlo en realidad.

Por otra parte no se trataba de atacar el reposo y la independencia de los Estados Unidos, «sino únicamente de destruir en ellos la influencia del solo enemigo que Francia tiene que combatir, y es de temer que esto no pueda lograrse sino dándole un soberano cuyos intereses estén íntimamente ligados con los de Francia...» Y ¿qué mejor soberano para colocarle en el trono de los Estados Unidos que uno de los Bonaparte disponibles? ¿Se ve esto bien claro? Naturalmente, el financiero no se hacía ilusiones, rea-

lizados estos proyectos; probablemente, sobrevendría una nueva ruptura con Inglaterra. Esta ruptura sería mirada con sangre fría. La colaboración o la alianza de España se conseguiría gracias al Príncipe de la paz que gobernaba al rey. Pero el carácter del pueblo español es incierto e inquietante; «será necesario tomar, previamente, las medidas convenientes para que no sea turbada la tranquilidad pública y que no haya que temer un levantamiento del pueblo, adicto a sus amos y fácil de gobernar por ellos, pero siempre dispuesto a sublevarse a poco que se ofendan sus costumbres, sus hábitos y su carácter nacional».

Evidentemente, el tal Godoy, Príncipe de la Paz, tenía el deber de entregarse en cuerpo y alma al Emperador de los franceses. Siempre dispuesto a la traición, ahora era odiado por la nación española; tenía en contra suya la Corte, al príncipe heredero y a su partido; por lo tanto, su salvación dependía de la protección de Napoleón. Cualquier otro camino le conduciría a su perdición. Una recompensa imperial pagaría su traición. Champagny insinuó a su vez: «España será siempre enemiga oculta de Francia; es necesario que un príncipe amigo de Francia reine en España. Hay que volver a empezar la obra de Luis XIV. La justicia autoriza lo que la política aconseja». Por su parte, Ouvrard, apremiaba. Si Napoleón no seguía sus consejos, si dejaba que los ingleses se sostuvieran en las Antillas, que comerciarán libremente en la India, y si les permitía abrirse mercados en los puertos de América y de Europa, Inglaterra no tendría, en ese caso, ningún interés en hacer la paz con Francia y se apoderaría, con perjuicio para Europa, de todo el comercio de América, y dirigiendo en él todas las especulaciones; mientras todas las naciones sufrían la duración de la guerra, Inglaterra, siempre dueña de las comunicaciones entre Asia y América, se mantendría en un estado de prosperidad inatacable.

¿Querría esto Napoleón? Quiso, el financiero, dejar al Emperador el cuidado de determinar los contingentes militares que sería necesario emplear para estos fines; pero si había que renunciar a la conquista de los Estados Unidos y limitarse a la conquista de las Américas españolas y portuguesa, «siempre sería una ventaja inmensa entrar en posesión de esas colonias, con la exclusión de Inglaterra, que por esta misma circunstancia, perdería una parte de su ascendiente sobre los Estados Unidos».

Al año siguiente, en agosto de 1808, Ouvrard, el proyectista, pidió ser recibido por Napoleón para conferenciar con él. Tenía importantes comunicaciones relativas a España y contra Inglaterra. Ouvrard adivinaba, precisamente en aquel momento. Lejos de detenerse en sus proyectos, el financiero insistió, y el Emperador, flotando, por una vez, no mostró ningún espíritu de decisión. Ouvrard deseaba confirmar a Napoleón su primer plan, porque la paz concertada con Inglaterra se convertía en un medio para realizar sus proyectos. Inglaterra no estaba en condiciones de conservar por sí misma las colonias españolas que, hechas independientemente, con un soberano



propio, se establecería una unión más íntima entre las dos Américas, de lo que provendría un obstáculo mortal para el comercio inglés. El bloqueo continental que Ouvrard quería agravar no molestaba gran cosa a Inglaterra, al menos por el momento.

Se aseguraba que Napoleón no quería mucho a los que se ocupaban de darle consejos. «Todo francés que se mezcle en los asuntos exteriores, sin mi permiso, es culpable», escribía a Champagny. Ouvrard no se preocupaba de eso y se le vio apoderarse ampliamente de ese poder. El 18 de agosto de 1808, el financiero advirtió aún al Emperador la oportunidad de terminar con la insurrección española retirando las tropas francesas que operaban en la Peínsula y dejando a los españoles librados a las «disensiones que, infaliblemente, nacerían por su conocida inclinación hacia la independencia y las ideas republicanas, inclinación a la que, en las actuales circunstancias, sería fácil dar un gran impulso, y el desorden, que son su consecuencia, les forzarían, bien pronto, a recurrir a la protección de Vuestra Majestad para restablecer allí la tranquilidad y hacer respetar el poder monárquico».

**VI. — EL APROVISIONAMIENTO DE LOS EJERCITOS.**— Un buen negocio debía coronar, en suma, este plan gigantesco. Se recuerda la demostración de Benjamín Constant, según la cual, la guerra y el comercio no son más que dos medios diferentes para llegar al mismo fin, el de poseer lo que se desea. Sin embargo, la guerra es anterior al comercio; una es impulso salvaje y otro cálculo civilizado. Ouvrard previó que si, por una causa o por otra, los ejércitos eran necesarios, los soldados pedirían que les alimentasen, y ¿quién mejor que Ouvrard, que tenía la experiencia de los aprovisionamientos? España y Portugal eran muy pobres y mal cultivadas. No se podía esperar nada del pillaje o de las requisas. En todo caso, los españoles no dejarían a mano ningún recurso. Si obtienen mala cosecha, tienen la costumbre de enterrarla, de manera que sólo ellos saben dónde está el depósito oculto. El financiero concibió, para estos aprovisionamientos, «la idea de una operación extraordinaria cuyo motivo sería encubierto con las apariencias de una especulación comercial, siempre más eficaz y más completa, en sus resultados, que puede ser ninguna operación militar relativa a las subsistencias». Los granos y las harinas constituían los artículos esenciales que había que adquirir en Francia y... «desde allí expedidos a Inglaterra, desde donde serían enviados a los puntos de España y de Portugal que se indicase y que se encontraran en poder de los enemigos o de los insurrectos». ¡Todo esto a pesar de la guerra con Inglaterra, de la flota inglesa y a pesar del bloqueo!

Con habilidad cínica, Ouvrard estaba ligado a una importante casa de comisión inglesa que, para cubrir las apariencias, recibiría instrucciones, no de Francia ni tampoco de Ouvrard directamente, eso hubiera sido ingenuo y comprometedor, sino de otras casas, corresponsales de Holanda o de las ciudades anseáticas, cuyas órdenes, de hecho, emanarían de Ouvrard: «Las expediciones serían consideradas como propiedades particulares y no como propiedades enemigas, por lo cual no habría que temer que ni los ingleses ni los insurrectos despojaran de ellas a los consignatarios». Naturalmente que el secreto debía guardarse rigurosamente por todos los corresponsales. Ouvrard lo garantizaba.

**VII. — CABARRUS Y EL ALMA ESPAÑOLA.**— Por aquel tiempo gruñía en Madrid el motín y era frágil la corona dada a José por la aplicación del sistema familiar. Para los frailes, Napoleón tenía la cara del Anticristo. Se incubaba el fuego, el incendio llegaba a las provincias y la insurrección se exten-

día por todas partes. José tuvo que huir de Madrid, sin gran dignidad. En la familia de las águilas iba decreciendo la gloria. Sólo los españoles reflexivos trataron de hacer comprender al desventurado José, a él que estaba sin dinero y sin ejército, que Francia, o más bien Napoleón, se engañaban queriendo conquistar España. ¡Napoleón no conocía el alma española, y los vencedores de Marengo hacían ya el ridículo! El 2 de agosto de 1808, algunos días después de la capitulación de Bailén, el conde de Cabarrús y algunos grandes de España escribieron a José una carta admirable, advirtiendo al hermano del Emperador de la suerte que le esperaba. Se encontraba en una encrucijada y era necesario, o renunciar, conquistar o negociar. ¿Renunciar? Personalmente, José lo quería, sin duda, puesto que el misero gritaba pidiendo fondos, soldados y generales. ¿Conquistar? «Señor, escribía Cabarrús, la conquista de España es imposible. Nosotros lo sabemos, por nuestra historia, por nuestras localidades, por todos esos invencibles auxiliares que debemos, casi tanto a nuestra mala administración como a la naturaleza de los desiertos, el hambre, la sed, las estaciones devoradoras o insalubres, y, por encima de todo, el carácter nacional, menos alterado, quizá, que el de otros pueblos».

El financiero Cabarrús, más prudente que su colega y amigo Ouvrard, veía que, hiciera lo que hiciera el poderoso Emperador, no lograría una conquista rápida y fácil, sino que se necesitarían «siglos de guerra, como lo experimentaron los romanos para lograr la misma empresa». Seguramente que España iba a perder las Indias occidentales. Cabarrús lo presentía: «Después de habernos agotado durante tres siglos para conquistarlas o para defenderlas, su súbita emancipación nos condena a un período, quizá igual, de miseria».

Los españoles son fieros y valerosos defensores de su independencia nacional. «Los intereses de España exigen que, siendo siempre buenos vecinos y amigos de Francia, no seamos jamás sus aliados, jamás sus gobernados por su política ni arrastrados por sus querellas. Todos nuestros males, todas nuestras desdichas bajo los Austrias como bajo los Borbones, nacen de haber sustituido las pasiones de familia a los cálculos del Estado». En cuanto al famoso Príncipe de la Paz, el que Ouvrard aconsejaba a Napoleón se hiciera un servidor a toda costa, Cabarrús, por lo contrario, le acusó de poseer una fortuna que provenía de inmensas rapiñas, y que era necesario restituir al Tesoro Público. Mil familias españolas arruinadas por ese ministro bendecirían al Emperador por esa acción de restitución. En fin, todas esas reivindicaciones, la paz, el pago de los gastos del ejército francés, la unión de Portugal a España, las expoliaciones del Príncipe de la Paz devueltas al Tesoro Público, todo eso devolvería la felicidad a España, y era de presumir que ni el Emperador ni José preferirían eso a «la idea de anegar a España en la sangre de sus habitantes».

En París, los miembros de la Legación española contestaron a las preguntas que se les hizo sobre los acontecimientos que ensangrentaban su patria, limitándose a responder tristemente: ¡Jerusalén! ¡Jerusalén! En sus consejos de conquista había olvidado Ouvrard de contar con las guerrillas, con la resistencia encarnizada de los españoles sin organización, sin víveres y que, armados con viejos fusiles, hicieron capitular al gran ejército que había hecho temblar a Europa. Todo el plan de Ouvrard se desmoronó al mismo tiempo. Mollien había dicho de él que era fecundo en planes gigantescos, siempre dispuesto a exponer su nombre a todos los azares, pero jamás su fortuna; pero nada era excesivamente vasto para él.

**VIII. — EL FIN DE NAPOLEÓN.**— El rey José estaba sin dinero. Mollien, en Francia, no cesaba de



contestar, como podía, a sus peticiones. En Febrero de 1808, el ministro del Tesoro expidió a Bayona furgones cargados de oro que permitían asegurar la soldada de las tropas durante algún tiempo. El 31 de mayo, Mollien buscaba por todas partes letras de cambio sobre Burdeos; no recogió más que por valor de un millón, porque Burdeos vendía poco entonces y compraba todavía menos. Mollien deseaba suplir la carencia de papel enviando más oro; pero el oro, naturalmente, era todavía más raro en París. ¿Comprarlo? Se haría elevar su precio y «a un interés escandaloso». Los generales del ejército contrataban empréstitos sin estar autorizados para ello ni por el rey ni por Mollien. El 14 de agosto, Napoleón dió una gratificación a los oficiales y un préstamo suplementario a los soldados del ejército de España, pero Mollien, que no sabía dónde encontrar la suma necesaria para tamaña liberación, dejó al Emperador el cuidado de encontrarla... José, sin dinero y desalentado, escribió a su augusto hermano que deseaba tener generales, pero no amos. ¿Quién manda, entonces? He aquí la singular confesión del desdichado rey de España: «...hacen falta inmensos medios para reducir a España; este país y este pueblo no se parecen a nada. No se encuentra ni un espía ni un correo...; este pueblo está más reconcentrado en sus sentimientos que ningún otro pueblo de Europa; hay algo del carácter de los pueblos de Africa que le es peculiar...» Francamente, José no tiene nada que ocultar a su gran hermano, y le dice las verdades: «Vuestra Majestad no puede tener idea, porque seguramente nadie se lo habrá dicho, hasta qué extremo es odiado el nombre de Vuestra Majestad. La guerra no es propicia para disminuir este sentimiento, y, en cuanto a mí, no me siento con valor para reinar sobre pueblos a los que sería necesario tiranizar incesantemente». Esta es la respuesta a la carta que Cabarrús y los grandes de España le habían escrito seis días antes.

Los españoles consideraban a Napoleón como el más grande flagelo de la humanidad, y se vengaban

escribiendo en las paredes de las ciudades letreros a este tenor: «El fin de Napoladrón, Emperador de los diablos». Los guerrilleros eran mortíferos para los soldados franceses, y los médicos españoles encargados de curar a los heridos y los prisioneros, se vanagloriaban de haber dado pasaporte a más franceses que habían destruido los ejércitos españoles. Aquel, en efecto, era el fin. El golpe no había tenido éxito. El financiero Ouvrard, el de las ardientes sugestiones, quedaba derrotado igualmente; por este motivo y por otro, ganó el ir de nuevo a la cárcel.

Talleyrand había adivinado, a su vez, que España sería la tumba de su señor, y desde ese momento no tenía escrúpulos para asegurar su ruina definitiva. Por otra parte definía a España como una granja, que es mejor dejarla que se cultive por sí misma o que la cultive otro, a cultivarla uno mismo. Además, a su juicio, Napoleón había sido muy mal visto: «Se apodera de las coronas, no las escamotea».

Talleyrand, que firmaba los acontecimientos, aunque no lo hacía directamente, y se envanecía de haber prevenido al Emperador de los peligros que le amenazaban en España, recibió una lección: «Le va a usted muy bien, le gritó Napoleón, colérico; le va a usted muy bien chillar contra la guerra de España y, sin embargo, usted también me la ha aconsejado. Tengo un montón de cartas en las que trata usted de probarme que esa guerra era tan necesaria como política».

Sea como sea, si el ex obispo de Autun y el financiero no se cuidaban de los intereses de la gloria pública, sino en cuanto los acontecimientos fueran en primer lugar a provechables para sus intereses privados, ambos concesionarios, proveedores y desertores, se preocupaban muy poco de las ruinas, de las miserias, de los desastres ocasionados por sus ambiciones: «¡Qué le vamos a hacer!, decía sin remordimiento uno de los dos personajes. ¡Qué le vamos a hacer, son cosas de los negocios!»





# ¿Podríamos vivir sin la música?

Por **MORALES GUZMAN**

Lo mismo que se violan las bellezas de la Naturaleza en el lienzo cambiando su color y su estilo natural; lo mismo que se profana las templanzas de las brisas mañaneras y los vivos fulgores del sol en su primera entrada al mundo, lo mismo se maltrata y hunde los suaves y chispeantes rayos de sabiduría y grandeza de nuestra segunda madre espiritual, la madre que después de la otra nos alimenta el corazón y nos cansa con sus notas hasta dejarnos dormidos, hasta rendirnos de amor y bellas ilusiones: la MÚSICA.

Vinieron los polichenelas con sus carromatos cargados de cascabeles, bombos y platillos, alegrándoles la vida a los pequeñuelos y mayores, que, como si brotaran de la tierra, chillaban y corrían hasta formar un espeso y multiplicado cordón humano; vinieron los húngaros dando fe y ánimo a los bohemios, moviendo mil veces las manos, una sobre el pandero y otra sosteniéndolo al mismo tiempo de hacer dar salto sobre salto al oso, que, por su larga vida entre los seres humanos, se había olvidado de que pertenecía a especie; vinieron los circos ambulantes con sus carro-vagones tirados por indomables caballerías, con sus jaulas repletas de leones, monos y leopardos; vinieron, para salir de un pueblo y entrar en otro, formando algaradas y tropel, al son de las trompetas, tambores y chillones platillos, haciendo reír a enfadados y reñidores, a disgustadas parejas de amores; vinieron los cines mudos con sus trofeos geniales de pianolas, que sólo tocaban sus piezas una o varias veces a las entradas y salidas del público, como si con ello no quisieran dejar a nadie de mal humor; vinieron los copleros de calles y plazas galeando con sus bandurrias y guitarrones, favoreciendo su sentir con las animadas voces de temple y pulmón; vinieron los conciertos de bandas pueblerinas, y después en las principales ciudades, que, envidiosas de las juguetas que a tiros y troyanos les hacían las muy serias bandas de los pueblos sin plazas ni calles, se reventaban los pulmones tocando piezas y más piezas, hasta hacer romper los tímpanos y parir mil por mil la alegría y el amor; vinieron las fiestas de sangre y arena ordenando la brutalidad de los circos de odios y castigos de la antigua Roma, dedicándole al bruto animal y al bruto humano todo un paisaje de acordes y armónicos clamores de flúidos sentimentales, mitad trágico y mitad delirante; vinieron los teatros a dirigir la palabra a las multitudes deseosas de respirar sus agotados pulmones por el humo y mal olor de las fábricas y talleres, ansiosas de caer rendidas en los bancos de los anfiteatros y dormir con buena música por dos perras gordas; vinieron los cinemas hablados a quitarle a los cómicos mudos y a los músicos de orquestas toda la gracia y sabor de los carrillos que se hinchan y se adolecen muchas veces de tantos esfuerzos sobrenaturales, quedando la risa a espesa de automáticos sonidos, que, de poco en poco, ha hecho olvidar las ganas de reír, bañados de sudores y de perfumes puros, brotados de los más hondos rincones del corazón que todos llevamos.

La ola humana que ruge cuando se le pisa la cabeza y protesta de sus dolores cuando la gangrena del vicio y el egoísmo ha paralizado parte de sus miembros, le tiene miedo a las liras y trofas de la

Música, miedo porque junto a ella se hace fuerte en barricadas y en guerras, mas, después, para cruzarse de brazos y no abrir las compuertas a los mares de la producción por la revolución y de la economía por la moral justa y responsable. El burgués, que sólo piensa comer todo lo que los demás no pueden comer, no siente la Música ni sabe el fondo humano que ella tiene. No lo sabe porque su corazón jamás amó la naturaleza y a sus bellezas, no sabiendo sufrir el desgarrar del dolor, porque, a bien decir, hay que tener dolor y haber sufrido para comprender y recibir los halagos y caricias que, al oír la Música, hace estremecer el corazón en desahogos, con llantos unas veces y otras con risa. La Música es siempre alegre y amante; es siempre solidaria y generosa. La gente rica nunca quiso que a los oídos extraños llegaran los finos chasquidos de las suaves melodías de la Música; mas no por eso la Música se amoldaba al círculo de dominios, traspasando puertas y muros, guardias y barreras, hasta encontrar cobijo allí donde sus voces lentas y encendidas encontraban el lecho donde aliviar las penas y dolores de los sufridos Hijos del Trabajo.

Los reyes, y después los discípulos del Dios inexistente, tuvieron la osadía de emplear sus poderes en guardar la Música bajo las llaves de sus palacios y templos, precavidos de que ésta formaría en los esclavos de la inconsciencia y del trabajo encendidas hogueras, que, al fin, no despidieran por el mundo bocanadas de tormentas y ciclones humanos, capaz de revolucionar a todos los durmientes de ideas y renovaciones científicas y sociales. Mas no fué así, en cuanto, de tarde en tarde, es decir, de siglo en siglo, la Música salía de su tumba para darse a las manos de las bestias de cargas, que, de forcejeo en forcejeo, iban sus rostros y condiciones ganando fisonomías y costumbres humanas. Las multitudes acudían a los teatros más bien a oír la Música que a ver por segunda vez lo que en la calle o en el hogar habían sido autor y testigo, acusador y juez. La Religión procuró con fina agudeza intercalar en los actos de casamientos —hoy uniones libres— dos o varios minutos de móviles fuelles de órganos, como una nota sentimental, llena de suspiros y remiendos achacosos. Por otro lado, a la Religión se le fué alejando de sus escondites la farsa ceremonial de los bautizos, en cuanto muchas veces los obreros padres llevaban a sus hijos con una edad avanzada, dándose algunos casos de cuando más pomposa y animada estaba la fiesta celestial, el chiquillo más rebelde y enemigo de los absurdos, desaparecía con todas las fuerzas de sus piernas, burlando los diálogos del cura y el órgano, nada agradable por su carencia de gracia, estilo y grandeza.

En los barrios obreros, la Música fué y es la soberana de todas las fiestas populares. Donde no había Música no existía la alegría ni inquietudes amorosas, resultando todo frío e inmóvil. En la típica Andalucía, la guitarra causaba, a veces, daños y no pocas porfías escandalosas. Cualquier tercio, acompañado por una delicada voz, provocaba en todos los reunidos agitados delirios, con roturas de prendas, golpes sobre las mesas y no pocos elogios de abrazos y voces con dichos bien atinados. En algunas calles,



repletas de vecindad y flores, se inventaban bautizos, nombres de santos y... hasta casamientos imaginarios. Y es que la Música fustiga al que no siente ni ha aprendido a amar las cosas y a la Humanidad. Cuando los pechos descansan sobre el silencio de un error, brota la Música con sus profundos resortes de pasionales y realistas cantos, despejando los sentidos con un más adelante hacia la bondad y la igualdad de sexos, de deberes y derechos.

La Música no tiene ni debe tener credo político, sectas religiosas ni menos ídolos académicos. Es la Música el himno armónico de todos los sentires y pensamientos; es y debe ser el pabellón de la concordia de todas las agitaciones e inquietudes de los sin pan ni abrigo ni techo; debe ser la Música el pan que alimenta y robustece el Bien y el Amor, negándole a los pobres de espíritu y a los discordantes todo apoyo a sus especulaciones y trapisondas partidistas. No es la Música un instrumento político que mecanice

los sentidos y estrangule las vibraciones espontáneas de los pueblos, haciéndolos ridículos y mezquinos ante la Historia del mundo y ante los hechos heroicos de la raza humana.

Y lo grande y sublime de la Música sería lanzar al mundo besos de melodías, que cayeran sobre las frentes de los que, con las armas y sin ellas, luchan por la libertad de todos los seres y por el aniquilamiento total de todas las tiranías que pesan sobre la Humanidad; sería, pues, la llegada de la felicidad a todos los corazones, que en medio de los amores y las trompetas anunciadoras, se oiría la Música mundial en todas las lagunas de tierra del muy grande y bello, nuestro muy querido Universo.

¿Podríamos vivir sin la Música? Con lo medianamente expuesto, creemos que el amable lector se entregará a sacar deducciones que, consultadas al mismo tiempo con su pensamiento, irá perfilando los trazos de su humano sentir.

## INFORMACION

### Los estudiantes y la cultura

El domingo 5 de diciembre dió principio a sus tareas, en Valencia, el primer Congreso Nacional de Estudiantes Libertarios, convocados por el Comité Peninsular de la F. I. J. L.

No precisa, dada la importancia del acto, remarcar el interés que imperaba en la sala, el dinamismo de las deliberaciones ni el inspirado en todos los sectores de índole pedagógica y cultural, por esta magna Conferencia, ácrata, ni el entusiasmo que, hasta dar origen a incisos y discusiones, un tanto violentas por su vibrantez y firmeza, movía e impedía esta reunión de juventud.

Asistieron al acto diversas Delegaciones locales y regionales, desplazadas, pese a las dificultades de transporte, de todos o casi todos los puntos de la zona leal, e integradas por elementos valiosísimos de la F. E. C. L. (Federación Estudiantil de Conciencias Libres), Estudiantes C. N. T., Instituto Obrero de Valencia, Regional de la Enseñanza y Estudiantes Libres, junto con todos aquellos interesados en el asunto que, dentro los medios estudiantiles, luchan por una pedagogía libre, humana y racional.

En este magno comicio, e iniciados los debates de forma primordialísima por la Federación Estudiantil, que, con un compañero de la Regional de Enseñanza, llevaba la pauta a discutir, marcóse la línea que, en lo sucesivo, habrán de seguir los estudiantes libertarios, concretando formas y medios de combate y defensa, destruyendo y evitando para «in eternum» la amenaza damocliana encima las cabezas pensadoras e impidiendo para siempre la entrada en los centros docentes de las viejas normas, todavía hoy imperantes, aniquiladoras de espíritus, destructoras de esfuerzos, atropelladoras de individualidades, que eran ornamento y guía de la vieja enseñanza clericalista y ministerial.

Presentados por la F. E. C. L. de Barcelona, y con el auxilio y colaboración cordial —aparte, quizás, algunos elementos pública y privadamente calificados de reformistas—, de todos los asistentes, pusieron, en el transcurso de las diversas sesiones celebradas, a la aprobación de la Asamblea, los Estatutos de la nueva organización a constituir, por el acoplamiento de los distintos núcleos estudiantiles libertarios, que,

tras algunas deliberaciones y arreglos, fueron aprobados.

Tenemos, pues, en el pañenque cultural, una nueva organización estudiantil, de tipo federativo, que con el nombre de F. I. E. R. (Federación Ibérica de Estudiantes Revolucionarios), y queremos creerlo, con la mejor voluntad y sin que en ella existan, como en tantas otras parecidas que se manifiestan en los distintos campos, el enchufismo y la influencia personal y parasitaria que distinguen en sobrados casos a los trabajadores del intelecto. Y decimos esto porque nos dolería en el alma a nosotros, los que del trabajo intelectual hemos hecho, no como muchos, bella torre de marfil, sino arma de lucha revolucionaria, que, por la influencia de algo o de alguien, se transformase en burocracia más o menos estatalizadora una organización que ha de trazar, en el futuro, las líneas directrices, el camino a seguir en el aula, en el claustro o en la biblioteca, para la consecución de sus reivindicaciones, todos los estudiantes que pretenden y anhelan sea su lema y guía la bandera rutilante de la cultura y de la libertad.

---

**Al entrar en máquina este número, se está celebrando en nuestra ciudad el Pleno Nacional Ampliado de carácter Económico, organizado por la C. N. T., cuyas decisiones encierran gran transcendencia para la vida del trabajo y los fundamentos económicos de la Revolución. En nuestro número próximo publicaremos información gráfica, texto y comentario**





# Indignación

por

J. SANTANA CALERO

El ritmo teutónico está en marcha.

Un, dos...

Un, dos...

La «pequeña guerra mundial» amenaza al Mundo.

Y hay «fox».

Y canódromos.

Y rubias-platino que cobran por la dormida qui-  
[nientas pesetas.

«Ni ha res».

Poesía alcohólica y germana.

«Oro del Rhin».

¿Y Ginebra?

Whisky.

«Baviera» y «Automatic».

¡Oh, la maravillosa vida de la retaguardia!

En las Ramblas, hay mapas.

Y curiosos.

¡Recordáis Abisinia?

Entonces comenzamos a aprender Geografía política.

Y económica,

Etiopía.

¡Petróleo!

España...

¡Hierro y piritita!

China.

¡Algodón!

El león rampante se hundió con la cruz.

Y una roja bandera se despliega ante el Mundo.

En los ojos oblicuos de los chinos hay terror.

Sus trenzas son pancartas desplegadas al viento.

¿Y aquella canción de los chinos dedicada a España?

¡Shanghai!

¡Qué evocación tan formidable!

Dos nombres.

¡Shanghai y Madrid!

Una idea.

¿Qué saben de esto los señoritos chulos que dan-  
[zan en «Oriente»?

¿Y esos que contemplan las carreras de galgos?

Son la escoria de la España feudal que aún supervive.

Hay que eliminarlos.

Esto no es una guerra patrioterica y vulgar.

¡ES LA GUERRA DE CLASES!

¿Verdad, combatientes?

Camaradas que ponéis al sol los muñones de vues-  
[tros brazos y piernas mutiladas.

Vosotros los que físicamente estáis ciegos de heridas  
[de metralla.

Madres sin pechos.

Uníos a nosotros en esta indignación.

Así terminaremos con la poesía alcohólica del  
«Oro del Rhin»

Y construiremos nuestro Mundo.

Sin canódromos ni rubias-platino de quinientas pe-  
[setas la dormida.

¡Liberatorios!

Cristo irá a un Sanatorio de enfermos mentales.

Y los íconos quemados.

¡De cara a la Vida!

Risa y fe en la máquina, el libro y los músculos.

¡Alzad vuestros muñones y ¡en-marcha!

Hasta el final que es punto inicial.



*Y hasta lenista, huyendo de la  
banda niefascista exclama:*

**Y ANI EN LA PAZ DE LOS SEPULCROS CREC**





# La obra de la Peraduría





# El verdadero origen y significado de Navidad

por Dr. J. M. Martínez

Cristianismo: último día del paganismo y primero de lo mismo.

Castelar.

Millones de católicos celebran el nacimiento de Jesús el 25 de diciembre, en completa ignorancia del verdadero origen y significado de la fiesta celebrada en esa fecha. No saben esos católicos que el 25 de diciembre simboliza el nacimiento de alguien mucho más importante que Jesús o cualquier otro mortal, por grande que éste sea—el nacimiento del Padre-Sol—. Vamos a presentar los datos históricos que prueban de un modo definitivo el carácter pagano y solar de Navidad.

## Se ignora la fecha del nacimiento de Jesús

Aunque algunos escritores, basándose en la falta de documentos históricos, han puesto en duda la historicidad de Jesús, haremos caso omiso de ellos y admitiremos que Jesús existió y que nació en Belén hace unos dos mil años.

Una de las cosas que asombran y desorientan al estudiante del cristianismo es la falta de datos históricos acerca de Jesús. Lo curioso del caso es que los escritores contemporáneos, nos legaron la fecha exacta o aproximada del nacimiento de los personajes importantes de aquella época, así como detalles minuciosos de su vida y también de los sucesos ocurridos, y sin embargo no se ocuparon de legarnos la fecha del nacimiento de Jesús ni de los acontecimientos de su vida. De ahí que sólo en los Evangelios encontramos una descripción confusa y contradictoria del nacimiento y vida de Jesús.

Es digno de notar que los Evangelios no fueron escritos, como comunmente se cree, por los evangelistas o discípulos de Jesús, sino por hombres que jamás le vieron. El Evangelio de San Marcos es el más viejo, y fué escrito unos 70 años después del supuesto nacimiento de Jesús, o sea unos 40 años después de su muerte. Este Evangelio fué confeccionado por un monje griego de las leyendas e historias que circulaban. Aquel que haya observado las exageraciones y cambios que aun hoy en día se añaden a muchos fe-

nómenos, puede darse cuenta cómo sería en aquellos tiempos en que todas las noticias se propalaban de boca en boca.

Según los Evangelios, tanto el nacimiento como la muerte de Jesús, fueron acompañados de fenómenos cósmicos tan portentosos que asombraron el mundo entero. A su nacimiento, una estrella de excepcional brillantez apareció en los cielos y guió a los Reyes Magos al pesebre de Belén. Los astrónomos que vigilan los movimientos de las estrellas conocen con exactitud matemática la posición de los astros miles de años por adelantado y por atrasado, niegan rotundamente la aparición de esa estrella andariega. En el Planetario Hayden, de New York, se pueden ver los cielos tal como estaban durante el nacimiento de Jesús y aun muchos miles de años antes, y todas las Navidades se proyecta sobre su bóveda el firmamento que contemplaron los pastores de Belén; pero la famosa estrella no aparece por ninguna parte.

A su muerte, «tembló la tierra y se oscureció el sol», según los Evangelios. Lo raro de caso es que ningún historiador contemporáneo menciona ese fenómeno tan trascendental; y eso que el famoso escritor Plinio perdió su vida investigando una erupción del Vesubio. ¿Cómo, pues, pudo temblar la tierra, oscurecerse el sol y aparecer una brillante estrella en el firmamento sin que Plinio, Josefus u otros escritores lo hubiesen anotado? Hay que admitir la imposibilidad de semejante ocurrencia.

Sólo San Mateo y San Lucas intentan fijar la fecha del nacimiento de Jesús. Según Mateo: «Jesús nació en Belén, Judea, en los días del Rey Herodes». Herodes murió en el año 4 antes de Cristo. Pero Jesús debió haber nacido, por lo menos, dos años antes de la muerte de Herodes, porque Mateo nos pinta Herodes esperando el reporte de los Reyes Magos y también ordenando la famosa matanza conocida con el nombre del «degüello de los inocentes». Otro fenómeno sólo mencionado en los Evangelios y que, al parecer, sólo existió en la imaginación de los que los escribieron. Por consiguiente, Jesús debió haber nacido unos 6 años a. J. C., según Mateo. Lucas pone el nacimiento de Jesús entre los años 7 y 14 D. C. o más tarde. Es evidente, pues, que nadie sabe el año y menos el día del nacimiento de Jesús. ¿Por qué, pues, apesar de esta ignorancia, se celebra su natalicio el 25 de diciembre?



## DIVERSAS FECHAS DE SU NACIMIENTO

Careciendo de datos históricos, la imaginación religiosa buscó en las festividades paganas alguna cuyo ritual o significado simbolizase el nacimiento de Jesús. Una secta cristiana —los Basilides— fijaron el nacimiento de Jesús en el 25 del mes egipcio Pachon (mayo), debido a que en ese día se celebraba el Nilo, o sea el descenso del Nilo del cielo. Siguiendo esta lógica, fijaron el Bautismo de Jesús en el 6 de Tobi (enero), o sea otro festival del río Nilo. «El 2 de Tobi, dice Epifanio, todo el mundo saca agua del Nilo y la guarda por largo tiempo, porque esa agua se mantiene fresca cuando otras aguas se han corrompido, siendo usada para las libaciones del templo».

También nos dice Epifanio que en el 5 y 6 de enero se celebraba en Alejandría una fiesta muy curiosa —el nacimiento del Aeon—. Los votarios se reunían en los jardines del Templo de la Virgen Kore, cantaban himnos y tocando la flauta hasta la madrugada. Con antorchas entraban en la capilla subterránea, de donde sacaban una estatua de Kore sentada y desnuda y marcada con cruces en la frente, las manos y las rodillas. Entonces, al sonido de las flautas y los cánticos, llevaban la imagen siete veces alrededor de la capilla antes de volverla a su altar. Y los votarios decían: «hoy a esta hora Kore, o sea la Virgen, dió a luz al AEON».

Gradualmente, estas dos fiestas se unieron hasta que el bautismo y el nacimiento de Jesús se celebraban el día de la Epifanía, o sea el 6 de enero, conocido ahora como el día de los Reyes Magos. Otros cristianos también intentaron fijar el nacimiento de Jesús en una fecha, sin otros datos que los «revelados por Dios». En el año 243, San Clemente anunció que Dios le había revelado la fecha exacta del nacimiento de Jesús, y esta fecha era el 28 de marzo. Otros la fijaron en el 19 y 20 de abril y el 25 de diciembre.

Esta confusión reinó hasta el año 440, en el cual el obispo Juvenal fijó el 25 de diciembre como la fecha verdadera y oficial del nacimiento de Jesús. Con este acto la Iglesia comenzó su larga carrera de claudicaciones y retroceso hacia el paganismo.

## MITHRA Y JESUS

Cuando los primeros cristianos comenzaron a difundir las enseñanzas de Jesús, encontraron que sus esfuerzos por convertir los infieles daban muy pocos frutos, por ser contrarrestados por otras religiones cuyos orígenes se perdían en la noche de los tiempos. Entre estas religiones rivales que mayor obstáculo ofrecían a la difusión del cristianismo, se encontraba el Mithraísmo.

Mithra era un dios persa, el dios de la luz, y su culto se extendió por el Asia Menor y por todo el imperio romano. No nos detendremos aquí a hacer un examen minucioso del Mithraísmo. Baste señalar que era una religión de la Naturaleza, cuyos símbolos, ritual y festividades, encarnaban los cambios de las estaciones, el movimiento de los astros y el ritmo vital de la Naturaleza, especialmente en lo que se refiere a la siembra y cosecha de los alimentos. Esta religión también estaba íntimamente relacionada con la Gran Madre de los Dioses y su amado hijo, conocida en Egipto con el nombre de Isis y Horus. Y dicho sea de paso, el culto y la adoración de la Virgen María no es, en realidad, otra cosa que el culto de la Madre de los Dioses, Isis y su hijo Horus, cuya estatua con el hijo en los brazos era adorada por los egipcios.

En los días de San Agustín, los frailes y sacerdotes de la Gran Madre de los Dioses, marchaban por

las calles de Cartago con las caras blanqueadas, y mendigaban como los monjes cristianos de la Edad Media.

Los tres primeros siglos de nuestra era vieron, pues, una lucha épica entre dos religiones, por la supremacía espiritual y religiosa de una gran parte de la humanidad. Y por algún tiempo la victoria estuvo indecisa. Es imposible prever cuál habría sido la historia de Europa y aun del mundo si hubiese triunfado Mithra sobre Jesús; pero nos atrevemos a asegurar que la intolerancia y la persecución de seres humanos nunca habría alcanzado las trágicas e inmensas proporciones que alcanzó bajo el reinado de la cruz. Esta afirmación no es hija del capricho, sino que se apoya en la historia de las religiones. Ninguna de las religiones paganas jamás desplegó la intolerancia del cristianismo. Porque sus dioses casi siempre fueron dioses de vida, dioses que rezumaban alegría y pasión. Podría decirse también que eran dioses sexuales, es decir, en el fondo de todas las religiones de la Naturaleza encontramos un gran residuo sexual. Sin conocer biología, los antiguos llegaron a comprender que el sexo es la vida. Por consiguiente, casi todos los rituales y festivales, unos más, otros menos, encarnaban, y todavía encarnan, un simbolismo sexual, escondido debajo de las capas litúrgicas y místicas con que la moral, especialmente la moral cristiana, los ha disfrazado. En otra ocasión mostraremos que la cruz, ese símbolo tan venerado por los cristianos, es un símbolo sexual adorado desde la más remota antigüedad por muchos pueblos.

Pero volvamos al tema que nos ocupa por el momento. Mithra perdió la batalla. Porque era un dios demasiado abstracto y hasta demasiado sencillo para los sofistas cristianos. Una religión que postula al Padre Sol como su dios, nunca podría ser una religión intolerante y perseguidora, como tampoco se prestaría a los juegos malabares y maromas teológicas que los teólogos cristianos han hecho y aun hacen sobre el hilo de la religión. Los Padres de la Iglesia fueron más astutos que los ingenuos paganos.

En el calendario Juliano, el 25 de diciembre ocurría el Solsticio de invierno, y era considerado como el nacimiento del Sol, porque, después de pasar el sol por el solsticio, los días comienzan a ser más largos. Para los pueblos de las zonas templadas y frías que sufren bajo el rigor del invierno y gozan ante el advenimiento de la primavera, con sus flores, y el verano y otoño, con sus frutos, el alzamiento del sol en el horizonte era señal de alegría y júbilo, porque ello presagiaba el fin del invierno y la llegada de la primavera. El nacimiento del sol era, pues, celebrado con gran solemnidad y alegría. En Siria y Egipto los celebrantes se retiraban a los santuarios internos, de los que salían a la media noche, gritando: «La Virgen ha parido. La luz está creciendo». Los egipcios representaban el recién nacido sol en la imagen de un niño ya mencionado Horus. Entre los semitas, la Virgen era conocida con el nombre de Astarte.

A lado de esta gran festividad en honor del sol, celebrada el 25 de diciembre, y cuyas raíces estaban tan hondas que era imposible arrancarlas, la celebración del nacimiento de Jesús era algo insignificante; decidieron hacer suya la fiesta pagana, cambiando el nacimiento de Jesús. Estos motivos fueron confesados con gran franqueza por un escritor sirio y cristiano, quien escribió así: «La razón por la cual los padres cambiaron la celebración del 6 de enero al 25 de diciembre, es ésta». Era la costumbre de los paganos de celebrar el nacimiento del Sol el 25 de diciembre, durante cuya festividad encendían luces en honor de la festividad. Los cristianos también tomaban parte en esta festividad. Por consiguiente, cuando los doctores de la Iglesia percibieron que los cristianos gustaban de esta fiesta, se consultaron y decidie-



ron que el nacimiento de Jesús debía ser celebrado el 25 de diciembre y no el 6 de enero, como venían haciendo. De ahí que la práctica de encender fuegos desde 25 de diciembre hasta el 6 de enero haya prevalecido. San Agustín dió a entender que admitía el origen pagano de Navidad al aconsejar a los fieles que no celebrasen ese solemne día en honor del sol como los paganos, sino en honor de aquél que hizo el sol. El Papa León el Grande también condenó la creencia de que Navidad era una fiesta pagana en honor del sol.

En Inglaterra, el 25 de diciembre era también celebrado mucho antes de que el cristianismo llegase a la isla. Bede nos dice que los pueblos del Angli comenzaban el año el 25 de diciembre, y que esa noche era también santa entre ellos y conocida con el nombre de Modranecht (modra niht), o sea noche de madres. Lástima que no diga nada acerca de las madres ni de las ceremonias.

Como la luz va acompañada de calor, Mithra era también el dios de la vegetación y del fuego, conectado con el fenómeno de la fertilidad.

Los Babilonios de hace unos 6.000 años veneraban un dios de la fertilidad, llamado Tammuz, al cual sacrificaban ahogándolo. Los semitas lo quemaban. En los pueblos de Europa, Tammuz estaba representado por el «yule-log», el tronco de Navidad. En ese día se encendía ese Tronco, y su fuego se consideraba sagrado y hasta fertilizador, al igual que sus cenizas. En Bohemia tiraban pedazos de madera encendida sobre los campos para aumentar la fertilidad; en Flandes, las mujeres saltaban sobre el fuego para asegurar un parto feliz; en Francia creían que las cenizas del Tronco de Navidad, puestas en los gallineros, inducían las gallinas a poner más huevos, y que el mismo Tronco, mojado en agua, ayudaba a las vacas a multiplicarse con más rapidez. Así sucesivamente podríamos citar ejemplos que prueban el origen pagano de Navidad y su ritual. También se podrían citar muchos ejemplos que muestran que los antiguos creían que ese fuego era purificador. La historia del Ave Fénix, que resucita de sus propias cenizas, es simplemente una variación del dios Tammuz. La costumbre de los presentes aguinaldos y ofertas a la Iglesia tienen su origen en las ofertas que los pueblos paganos hacían a sus dioses desde la más remota antigüedad. No estará de más señalar algunas otras analogías entre el Mithraísmo y el cristianismo.

En el Mithraísmo, el bien estaba representado por Ormuzd, y el mal por Arihman. De ahí copiaron los cristianos Satanás, quien no es otro que Arihman. El Mithraísmo tiene sus sacerdotes, monjes y monjas, quienes practicaban el celibato y la virginidad, tal vez mejor que los cristianos. Esto confundió mucho

a los piadosos Padres de la Iglesia, quienes atribuyeron las semejanzas entre el Mithraísmo y el cristianismo a Satanás. Algo parecido sucedió cuando los misioneros cristianos en México encontraron que los Mayas tenían un ritual religioso y ceremonias parecidas a las cristianas. Los votarios de Mithra practicaban la comunión, el bautismo y los períodos de ayuno o abstinencia, y, por supuesto, también creían en la inmortalidad y en la purificación del alma.

Es evidente, pues, que lo que la Iglesia católica nos presenta como una revelación especial de Dios, no es otra cosa que una parte de las creencias y ceremonias paganas que los antiguos volvieron en su deseo de explicar el misterio y de aplacar y practicar las fuerzas adversas y perjudiciales de la Naturaleza y expresar su agradecimiento hacia las fuerzas y fenómenos benéficos.

Queremos repetir que sobre esto no es cuestión de opinión o gustos. Ahí está la historia, las estatuas, inscripciones y pergaminos legados por las generaciones pasadas, y que nadie puede desmentir.

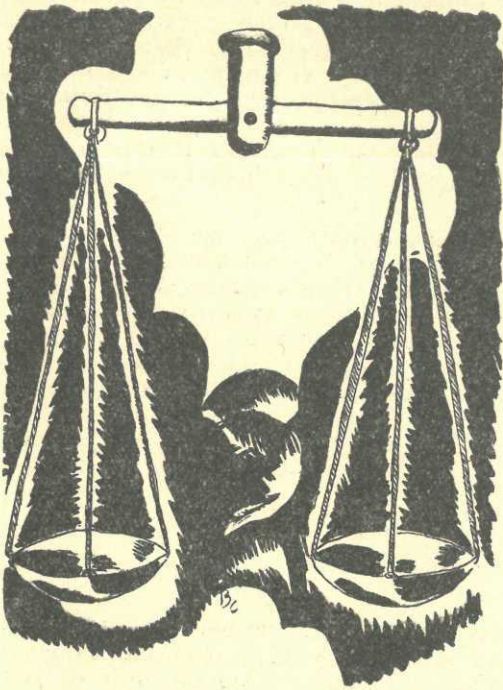
No me parece justo cerrar este ensayo sin añadir algún comentario a la famosa sentencia de Castelar que encabeza este artículo: «Cristianismo: último día del paganismo y primero de lo mismo». Esto, completamente exacto, porque el paganismo siempre careció de la autocracia e intolerancia cristiana. Cada pueblo era libre de interpretar la Naturaleza y el misterio del universo a su capricho y de venerar los dioses a su antojo. Las guerras de carácter religioso fueron desconocidas hasta que la intolerancia y la codicia de los monjes y Papas incitó los pueblos a la violencia para llevar e imponer por la espada una religión cuyos fundamentos básicos eran la humildad y el amor.

Además, como ya hemos dicho, las religiones paganas eran religiones de vida, mientras que el cristianismo comenzó siendo una religión de muerte. Si la humanidad hubiese escuchado y seguido las elucubraciones de los anacoretas, las plantas y los animales serían los únicos pobladores del planeta. Porque todo el mundo habría hecho voto de castidad y cesado la procreación; una verdadera huelga de vientres y de falos es lo que predicaban aquellos primeros cristianos.

Los dioses antiguos se toleraban entre sí, hasta que vino Jehová y se quiso hacer amo del Olimpo.

Así, pues, el cristianismo retuvo lo peor del paganismo y le añadió otras cualidades nuevas, como la intolerancia y la persecución religiosa. Cuando el pueblo conozca el origen y desarrollo de las religiones, éstas habrán recibido su golpe de muerte. Hagamos luz, pues, sobre ellas.





## SUGERENCIAS

# DE LA PALABRA

Por H. NOJA RUIZ

Para los que todo lo ven fácil, manejar las palabras no exige una preparación especial.

Y, en parte, tienen razón. La abundancia de ideas disimula la pobreza de léxico. Tener muchas cosas que decir facilita, a veces, la riqueza de expresión.

Pero eso no quiere decir que manejar las palabras sea empresa de poca monta. Sobre todo manejarlas bien. Es muy frecuente hablar mucho para no decir nada. Y más frecuente aún, que el charlatán pase por un sabio y el sabio por un pobre hombre. Es lo que más justamente nos da la medida de lo difícil que es servirse adecuadamente del verbo.

Por eso, cuando oímos a alguien blasonar de facilidad de expresión, nos ponemos en guardia. Ese tal, puede ser un genio verdadero, mas también puede darse el caso de que sea un charlatán elocuente y vacuo, que no siempre la abundancia de vegetación es signo de riqueza de frutos.

## EL VERBO

No es cosa fácil manejar el verbo. Es escurridizo. Burla a los más hábiles.

Fascinar con el secreto encanto de la palabra es privilegio de muy pocos mortales. Y aun éstos, jamás pueden expresar en la totalidad de su pureza sus sentires y pensares, el caudal íntegro de su rica emotividad.

El verbo traiciona siempre. Es un arma insuficiente. La palabra representa al pensamiento y a las emociones, como la gota de agua al mar y como la pluma al ave. El más elocuente es un tartamudo cuando pretende expresar con sonidos articulados la emoción auténtica o seguir el chisporroteo rutilante, los admirables juegos de luz de las ideas. No podemos hacer sino aproximarnos, dar una idea imprecisa y borrosa de lo que en nosotros vibra, se agita y vive con potente lozanía. Y para eso hay que ser un maestro del verbo, un cincelador de frases, un infatigable y primoroso forjador de imágenes. Y poseer un cerebro en continua ebullición, una sensibilidad rica en matices, y una capacidad creadora enorme.

Es difícil dominar el verbo. Cuando mejor creamos dominarle,



nuestra pobre obra será, parangonada con la eclosión de claridades internas que la dió origen, una caricatura grotesca, trazada con torpe mano. A nadie se le ocurrirá que la tortuga se eleve por su propio impulso a la región azul en que se mece el águila: Pues a eso equivale querer cazar con palabras la cegadora centella del pensamiento a aprisionar en una frase la gama infinita de los sentimientos. Cuando traduzcamos con más fidelidad y soltura lo que pensamos y sentimos en un momento dado, apenas si habremos obtenido un simple reflejo de ello.

Luego, lo indicado no es empeñarse en dominar el verbo que es escurridizo y burla a los más hábiles. Lo indicado es servirnos de él, no para vestir nuestras ideas, sino para desnudarlas. El más elocuente es un tartamudo cuando se propone traducir en palabras lo que piensa y siente. Pero si piensa y siente por sí mismo, si tiene cosas que decir de valía auténtica, ¡qué riqueza de matices, qué gradación infinita de tonalidades mostrará ante nuestros asombrados ojos!

Porque lo importante no es dominar el verbo, sino servirse bien de él.

## E S P U M A

Jugar con el léxico, hacer malabarismos verbales, retorcer y dislocar frases, puede constituir un estilo y hasta confundirse con el noble arte literario. Pero ¿puede concederse a **eso** categoría de Arte?

En nuestro criterio, ¡no!

La pluma debe ser un arma de combate y, a la vez, una herramienta de trabajo. El escritor se sirve del lenguaje para plasmar bellamente sus pensamientos, su visión de la vida, su concepto de la Naturaleza y de las cosas, la potencialidad de las pasiones humanas. A veces hace del idioma lo que la corriente del río hace del canto rodado que arrastra: lo pule, lo redondea, lo suaviza. Y otras, lo convierte en poliedro de múltiples aristas, filosas y agresivas.

Pero, siempre, en todos los casos, detrás de las palabras, en su entraña íntima, tiene que haber algo vivo y palpitante. Cuando menos, hay que desnudar la vida, desmochar la pomposa hojarasca que la disfraza y descaracteriza, presentarla monda y lironda. Lo que no sea esto, es fuego de artificio, pompitas de jabón que el sol irisa un instante y el aire deshace sin esfuerzo, el vacío en la frase que debió henchirse de contenido expresivo. Espuma.

Cuando leemos un escrito terso, pulcro, pulido como la superficie de un espejo, nos quedamos fríos si no es nada más que eso. La pulcritud, la tersura, el pulimento, nos agradan al lado de las desafinaciones, de las salidas de tono, de las rudas asperezas.

Dadme un escritor desmañado y torpe que no sepa acariciar, pero que, en cambio, tenga cosas que decir, nos tunda a zarpazos el alma y nos disloque todas las ideas a manotadas, y reservaos, si os placen, esos escritores refinados, untuosos, que parece mojan la pluma en un tarro de melaza y bañan sus pobres ideas en lagos de almíbar.

En el trabajo, los perfumes desentonan. Va mejor el acre olor a sudor. Como en la guerra dice mejor el rudo mocetón que blasfema y cae repartiendo mandobles, que esos oficialitos adamados y encorsetados que en el antiguo régimen coqueteaban por las esquinas de las ciudades dándoselas de **castigadores**.

La espuma es bonita si debajo de ella hierve y ruge el mar. Componer frases bellas, hacer malabarismos verbales, puede confundirse con el noble arte literario. Pero si no blandimos la pluma como un arma para herir con ella el corazón de la injusticia; si no la manejamos como una herramienta para demoler lo defectuoso y crear un mundo nuevo, sólo brindaremos vasos de espuma insípida al que necesita beber a borbotones linfa pura y cristalina.



# VANGUARDISTAS

¡Anda o zascandilea por esas redacciones cada escritor vanguardista!

A nosotros no nos inspiran respeto esos escritores de vanguardia que sólo se proponen revolucionar las formas. No nos agradan los modistos literarios. Ni los otros. La elegancia estriba, no en el traje, sino en la proporcionalidad y en la pureza de las líneas de quien lo viste. Vestid a un jiboso de **smoking** y obtendréis un risible adfesio. Vestid a la moda menos favorecedora a un tipo bien conformado y no por eso dejará de resaltar su distinción. El elegante lo es de todos modos. Con ropa y sin ella. Friné es siempre encantadora y deliciosa, aunque la vistáis de mamarracho.

En literatura lo mismo. La valía auténtica de una pieza literaria, reside en su estructura proporcionada y armónica, en la riqueza de su contenido, en la sobriedad de sus galas. Sólo apreciamos un valor en el que exclusivamente procura romper las formas: el de la rebeldía del gesto. Pero esa rebeldía no es de elevado estirpe si no rompe también con todo lo caduco que ofrecen la sociedad y la vida.

Revolucionar las formas para decir de un modo nuevo cosas arcaicas, no tiene sentido vanguardista. Lo que es preciso reformar y transformar es la ciénaga en que vivimos asfixiándonos. Una vida nueva da origen, de consiguiente, a un arte nuevo. No importa que el vaso sea de rico cristal de Bohemia o un cacharro de grosera arcilla, si el líquido que en él se nos sirve es de calidad excelente. No interesa tanto el continente como el contenido. Claro que lo ideal sería beber savia pura en copa de metal precioso bellamente cincelado. Mas entre morir de sed poseyendo valiosa colección de recipientes artísticos o saciarse bebiendo como Diógenes en el hueco de las manos, preferimos lo último.

No. Ser escritor de vanguardia no es rebelarse contra las formas de expresión y rendir pleitesía a las ideas viejas. Ser escritor de vanguardia es encararse con la injusticia, con la imperfección, con la mentira, y librar un cuerpo a cuerpo formidable, hasta vencerlas o caer. Eso.

Ritmos nuevos para ideas nuevas. Y la voluntad pronta a obrar. Y estar prestos a vivir con todas las energías de nuestro ser las ideas que servimos como buenas. Lo otro es servir cicuta en copa de similar, ridiculizar a un nonagenario disfrazándole con trapos de última moda, disimular nuestra inelegancia con un ropaje falsamente brillante y que, además, nos viene estrecho.



# Bancos y Crédito

Por A. Philip

En estos últimos meses acaban de ser publicados gran número de libros interesantes de la historia y la organización de la Banca, entre los que destaca el publicado por las Ediciones Técnicas de Banca, el primer tomo de «La Banca a través de los siglos», de A. Dauphin-Meunier. Este cautivador estudio de la historia de la institución bancaria, desde antes de la invención de la moneda hasta los comienzos del siglo XVIII, está sembrado de sabrosas anécdotas, de Banca.

Dauphin-Meunier da el crédito, como aparecido en Babilonia, por intermedio de los templos; éstos poseen tierras y esclavos; los dioses les prestan; ellos acuerdan créditos, reciben depósitos, persiguen a los deudores; y son los sacerdotes babilónicos quienes imaginaron la cláusula a la orden e hicieron negociables los efectos de comercio. Mas pronto comienza la competencia entre los comerciantes y, sobre todo, entre los hacendados. Entonces se produce una división del trabajo; los templos se hacen Bancos de depósito; reciben depósitos gratuitos en dinero o en cosechas, cuya conservación aseguran y garantizan su importe; prestan a corto plazo, no obstante que los propietarios se especializan en las operaciones de crédito, sobre tierras a largo plazo, haciendo anticipos hipotecarios a sus granjeros.

Igualmente, en el pueblo judío es el templo el centro de las operaciones de crédito; además del Tesoro sagrado, que pertenece a Jehová, administra la fortuna de las viudas y de los huérfanos; en realidad funciona como la Banca de depósito de todo el pueblo; durante mucho tiempo monopoliza estas operaciones, puesto que la ley de Moisés prohíbe el préstamo con interés, salvo en las relaciones con los extranjeros, y hasta dos siglos antes de Jesucristo, no aparecen los cambistas, que se instalan en las gradas del Templo, sin que jamás desenvolvieran considerablemente sus operaciones.

En Grecia, como en Babilonia, apareció el crédito antes del descubrimiento de la moneda; también aquí son los templos los que funcionan primero como instituciones bancarias. Tanto con su «pasodoi», capitales propios que provenían de la renta de sus tierras o de las donaciones sagradas como con los depósitos sin interés que les eran confiados, hacían anticipos sobre las cosechas y préstamos a los pequeños labradores; pero su gestión pronto iba a ser controlada por las diversas ciudades.

Al lado de los templos aparecen en Atenas, a partir del siglo V, banqueros privados o «trapezitas», que introducen la práctica de las letras de cambio y se sirven de intermediarios, tanto para el cambio de monedas como para las compensaciones de créditos y las operaciones notariales; tienen una contabilidad precisa y utilizan los recursos que se les confían en operaciones que llevan aparejadas inmovilizaciones y riesgos ciertos, como el préstamo a la gruesa. Sus abusos conducen a las ciudades, a partir del siglo IV, antes de Jesucristo, a tratar de librarse de su tutela y a normalizar las tasas del interés, con la creación de Bancos públicos.

En Roma, los templos no desempeñan, en la vida económica, un papel tan importante como en Grecia. Desde la fundación de la República, la civilización romana estará dominada por los banqueros y financieros privados.

Dauphin-Meunier, con justa severidad, define a la Roma antigua como «una sociedad mercantil dominada por una oligarquía de negociantes». Nos muestra el nacimiento de la casta de los caballeros, enriquecidos por la dureza de los impuestos, el aprovisionamiento a los ejércitos, los anticipos a los príncipes y a las ciudades empeñadas, el crédito usurario a los campesinos expulsados, poco a poco, de sus tierras. Insiste, con justa razón, sobre el hecho que ha consagrado la potencia, tanto económica como política, de los caballeros: los cambios frecuentes de los titulares de los cargos públicos, la ausencia de un cuerpo de funcionarios organizados, capaces de controlar a los caballeros y de reprimir sus abusos. La casta financiera se hace pronto la dueña de toda la economía romana y fué en vano que, bajo el Imperio, tentara el Estado de limitar su poderío por la creación de «mensae» públicas, copiadas de los Bancos del Estado egipcios.

La Edad Media se caracteriza por la continua contradicción entre la postura doctrinal de la Iglesia y los intereses temporales del papado. En el año 325, el concilio de Nicea prohibió a los clérigos la usura, esto es: el préstamo con interés y las capitulares de Carlomagno extienden esta interdicción a los seglares, que es válida durante varios siglos. Cuando el Renacimiento aporta ideas nuevas a esta materia, inspiradas en la tradición romana, la Iglesia reacciona en seguida enérgicamente; el concilio de Letrán condena, de nuevo, el préstamo con interés, y en 1311, Clemente V declara nula y no existente toda legislación secular favorable a la usura.

Pero el papado necesita de los financieros. Recibe los diezmos de todo el mundo en monedas diferentes; necesita cambistas, recaudadores, banqueros que le adelanten parte de sus recursos, antes de que entren en los cofres, y de este modo muy pronto el papado protege a los judíos, que escapan a la legislación contra la usura. Inmediatamente son los cahorsinos y los lombardos, calificados agentes de los papas, los que efectúan las primeras operaciones financieras. Estas adquirirán gran extensión cuando se trate de financiar operaciones militares, en particular las Cruzadas que han de consagrar la supremacía comercial de Venecia, la supremacía financiera de la orden de los Templarios.

Desde entonces entra, poco a poco, en las costumbres el préstamo con interés; la doctrina se adapta a los hechos, y las distinciones sobre el «periculum sortis» y el «damnum emergens» permitirán legitimar de hecho lo que aun se condena en principio. En las ferias medievales se convirtieron en grandes personajes los cambistas internacionales, mientras los de París rivalizan con la poderosa corporación de los orfebres. Al mismo tiempo aparecen en Italia las primeras Bancas ligadas con el comercio de Levante,



en tanto que los franciscanos crean, para luchar contra el interés usurario, los primeros Montes de Piedad.

En el sig'o XVI se produjo el gran impulso del capitalismo comercial; la afluencia del oro y de la plata que provenían de las minas del Perú aportó el debilitamiento general del valor de la moneda, mientras que la constitución de los Estados nacionales y la aparición de los ejércitos permanentes aumentaron, por todas partes, las necesidades financieras. Papas y príncipes efectúan importantes movimientos de fondos; los judíos desaparecen; los lombardos y cahorsinos, se esfuman, y, en cambio, aparecen, en primer plano, los grandes financieros franceses y, sobre todos, florentinos y alemanes, como los J. Coeur, los Médicis, los Fugger; éstos son, en su mayor parte, comerciantes enriquecidos en la venta de artículos de lujo y de metales, que, inmediatamente, utilizan sus reservas en hacer anticipos a diversos Estados.

Mientras se desenvuelven estas operaciones financieras, con todos los peligros de inmovilización que representan, la Banca, propiamente dicha, los establecimientos de depósito, va a reaparecer, casi siempre en forma de banca pública. En 1488 se crea en Génova el Banco de San Jorge para administrar la deuda pública; en 1584, un decreto del dux de Venecia, prohíbe toda fundación de bancos nuevos y reemplaza los existentes por un establecimiento del Estado: el Banco de Rialto; Barcelona y la mayor parte de las ciudades mediterráneas siguieron en seguida el ejemplo. Estos Bancos públicos tienen un fin muy preciso y limitado: remediar el desequilibrio producido en los cambios por el debilitamiento continuo del valor de las monedas, dando a los depósitos un valor fijo, expresado en una moneda de cuenta abstracta. Por razón del servicio prestado, estos Bancos exigían del depositante el pago de una comisión. Por otra parte, sometidos siempre a la obligación del reembolso, conservaban la mayor parte de las sumas líquidas y no las utilizaban sino en anticipos a corto plazo, con remuneración relativamente baja, pero movilizadas rápidamente. Estos son los ascendientes de nuestros establecimientos de crédito modernos.

En el siglo XVII, el ahorro, reconstituído, después de las guerras religiosas, trata de lograr una inversión; el comercio se desarrolla suscitando nuevas necesidades monetarias en el momento mismo en que la

producción de las minas americanas comienza a decrecer. Es el momento en que va a operarse el progreso decisivo en la organización bancaria; los Bancos públicos habían ya creado una moneda de cuenta estable; pero el valor de los capitales no había aumentado por su transformación en billetes de crédito. Fué a fines del sig'o XVIII cuando, después de comprobar que los billetes no eran representados íntegramente al reembolso, comenzaron los Bancos a utilizarlos para los anticipos. Los Bancos de Amsterdam y de Hamburgo presentan un tipo intermediario, y en 1609, por primera vez, funcionan a un tiempo como Banco de emisión, de depósito y de giro; tienen su contabilidad en moneda de cuenta (el marco banco) y reciben y pagan en cuenta corriente.

Pero los verdaderos cimientos del sistema bancario moderno tuvieron su nacimiento en los grandes Bancos de emisión de Inglaterra, de Escocia y de Suecia; el billete de banco se generaliza, toma forma nueva la letra de cambio, puesto que es, esencialmente, un efecto de Banco instituido con fines particulares, que presenta una ventaja y una seguridad más grande, de un valor invariable y transmisible al portador; se le utiliza en los anticipos en cuenta corriente y en el conjunto de anticipos a corto término.

A la vez, las operaciones puramente financieras alcanzan un éxito sin precedentes. Mazarino introdujo, en Francia, la lotería; aparecen las sociedades por acciones, así como las compañías de Seguros, por medio de acciones de supervivencia; los tratantes, proveedores de los ejércitos, granjeros generales amasan fortunas escandalosas y las aumentan con operaciones de todas clases, suscitando esa fiebre general de especulación en la que zozobra, definitivamente, el antiguo régimen.

Dauphin-Meunier se detiene en la víspera de la Revolución; esperaremos impacientemente su segundo volumen; desde este momento, los que retengo, sobre todo, de este primer estudio, es la anterioridad cronológica del crédito sobre la moneda, el nacimiento de la Banca en los templos y su laicización progresiva, la distinción continua entre la Banca, propiamente dicha, y las finanzas, distinción cuyo olvido conduce siempre a catástrofes, la necesidad, aparecida, por fin, en todos los regímenes y en todas las épocas, de una intervención de la colectividad en el comercio de Banca y, frecuentemente, también de la creación directa de la Banca pública.





Divagaciones  
de un estudiante

# DEL DERECHO A EDUCAR

Por ADA MARTÍ

El problema persiste, pese a lo hasta hoy realizado en su favor. Acaso por ello, más arduo, más difícil que nunca. Más que nunca, también preciso a solucionar.

Somos conscientes —nos llamamos tales—. Somos responsables —imaginamos serlo—. Reconocemos en el niño una personalidad propia. —¿Heredada? ¿Adquirida?—. Hay que tener en cuenta que la educación empieza —debiera empezar— en el regazo materno. ¿Maestros? ¿Derecho a educar? Derecho a instruir.

El niño no es un hombre en pequeño. De acuerdo. Es un ser que tiene un mundo propio, y la tarea educativa consiste —debiera consistir— en despertar, alentar y desarrollar este mundo del niño. Bien. La pedagogía moderna, aunque un poquitín tarde, lo ha reconocido así: «Ser educado es tener noción de la propia personalidad y de la ubicación de esa personalidad en el mundo». No son más las palabras, que adopto como tales, sin embargo.

Pero... ¡cuidado! El niño tiene su mundo propio... en embrión. Nosotros, los adultos, el nuestro, más o menos formado —más o menos. ¿Acaso no somos siempre un poquitín niños?—, y, por tanto, con una mayor capacidad de proyección. Es el choque de dos psicologías, de dos tendencias, a veces, antagónicas. De maestro a discípulo. De discípulo a maestro, quizás. Puestas frente a frente esas dos tendencias, una de las dos ha, forzosamente, de resultar vencida. Y no siempre será ésta la mejor, sino la más fuerte. En este caso, la más formada. La del maestro.

Bien. Somos humanos. Queramos o no, tendemos al proselitismo, por captación. Por afinidad unas veces. Otras, por un tantico de egoísmo. Vanidad, quizás. Afecto, incluso. Crear. Quien más, quien menos, tiene sus complejos de que desligarse. Repito. Crear. A nuestra imagen y semejanza. O, al contrario. Nuestra antítesis. De todas maneras, es lo mismo. Proyección de Yos... infinitos. ¡Por fin, somos inmortales! La satisfacción del creador en su obra. Porque, de una u otra forma, nos pertenece.

¡Nuestro hijo! ¿Nuestro? ¡Bah! Egoísmo. Somos humanos. Difícil, muy difícil vivir sin adeptos. Pese a Nietzsche.

Acoplación de personalidades. ¿Afecto? Tal vez... Reflejos de nuestro propio Yo... real o imaginario. Del que somos, o del que hubiéramos querido ser. Acaso, del que nos han dado —superpuesto— las circunstancias. ¿Capacidad afectiva..., amorosa, incluso? Superación, exacerbación del egoísmo. Siembra de Yos. ¿Quién se pregunta el precio de la cosecha?

«Yo soy yo... y estoy solo»..., dijo el poeta. ¡Mentira! Nadie está solo. Nadie quiere ni puede estarlo.

Existe el prosélito. Existe el alumno. Existe el hijo. El deseo del hijo..., siquiera no haya nacido de nuestra carne y sangre. Esa es la verdad. El maestro, el verdadero maestro, el maestro por sentimiento y vocación, es, precisamente, eso. Padre. Y padre a quien no bastan los hijos de su carne, todos los hijos que puedan nacer de su amor de siempre o de su deseo de un día, a su sed infinita de inmortalidad.

Es decir, y por razón indubitable. Individualidad poderosa, que se resiste a fundirse en la nada. Que está dispuesto a darlo todo para obtenerlo todo. Superegó, atra, entonces. Bien. Filosóficamente, tiempo ha sentóse este principio. El egoísmo, como causa y origen de todas las acciones humanas. Incluso —sobre todo—, cuando de sacrificio van vestidas. ¿Refinamiento? ¿Sublimación? ¿Purificación? Es lo de menos...

¿Derecho a educar? Dejemos que el niño sea niño. Por encima de todo. Antes que todo. Educarlo, es transformarlo en hombre. Lentamente, pero implacablemente, también. Y la educación empieza en el regazo materno... Habría que preguntarse, pues, si tenemos derecho a engendrar. ¿Somos conscientes? ¿Somos humanos!

¿Cuál es, entonces, sentado esto, la misión del maestro? Es más. ¿Tienen por qué existir los maestros? Quizás sí... para educar a los padres. Sólo que, luego de educados —«Ser educado es tener noción de la propia personalidad y de la ubicación de esa personalidad en el mundo»—, correríamos el peligro de que no se atrevieran a serlo..., cosa que no sería el mejor sistema de comprobar los resultados de la educación recibida. Mejor dicho, serían «demasiados resultados». Dejémoslos de bromitas.

Hay algo más. El niño, ante la colectividad. Ante la sociedad. Ante —todavía hoy— el Estado. Como objeto y como sujeto. Como miembro y como instrumento. Bueno, ¿qué hacemos?

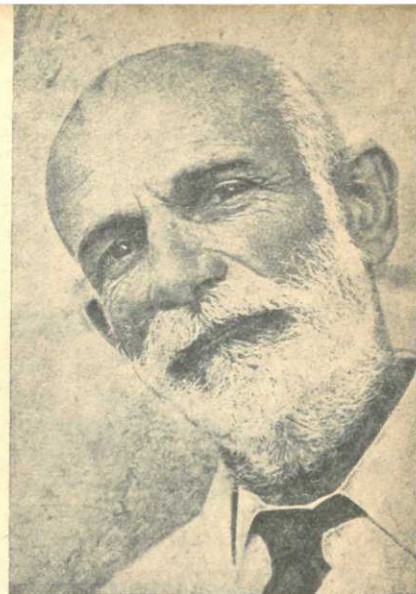
«La educación es un hecho actual que se produce con o sin nuestra voluntad». Tampoco es mía la frase. Imposible preguntarle al niño si quiere o no ser educado. Repito que la educación empieza en el regazo materno. Bien. Es indudable que, de no hacerlo nosotros, la vida, el dolor, el amor mismo, se encargarán de educarle. ¿Mejor o peor? ¿Quién sabe! Nuestra responsabilidad personal acaso no sea la misma. Los resultados, los hechos escuetos, sí. Nuestra responsabilidad, bien examinado, también, desde el momento que engendramos. Hecho esto, ¿podemos eludirnos? De las consecuencias de nuestra omisión, ¿acaso no somos, igualmente, responsables?

Bien. El problema es complejo. Hacer o dejar de hacer, da lo mismo. La educación será un hecho, de todas maneras. Y el mundo seguirá su avance...



# Francisco Giner de los Ríos, educador de una generación progresiva

Por Emilio Mistral



«La vida no es trágica —decía el sabio—, pero mucho menos frívola: la vida es seria. Tomémosla como un deber altísimo; sigamos el camino recto, cueste lo que cueste, pero sin olvidarnos de coger ninguna de las flores que encontramos al paso». Esto dijo el maestro, y esta rectitud fué la que siguió quien pronunciara tan sabias palabras. No tembló ni se atemorizó de nada ni pidió de clemencia, al ser atropellado en sus derechos. Siguió el camino recto trazado hasta el fin de sus días.

Para conocer bien a los hombres representativos, no hay más y mejor que escudriñar y señalar los hechos y las obras, junto con los rasgos más sañientes efectuados a través de su vida. Esto es lo que vamos a hacer con la gran figura de don Francisco Giner de los Ríos, a fin de que se divulgue entre las capas sociales del pueblo.

Nació don Francisco Giner de los Ríos, en Ronda, el día 10 de octubre de 1839. La ascendencia paterna de los Giner, aunque de origen levantino, radicaba en Vélez-Málaga; la materna de los Ríos Rosas, andaluza, radicaba en Ronda. Hizo sus estudios de primera enseñanza en Cádiz, y de segunda enseñanza en Alicante. Muy joven empezó sus estudios universitarios en Barcelona, donde recibió la primera iniciación filosófica en la cátedra de Llorens, de quien fué un alumno predilecto. Terminó su carrera de Derecho en Granada, siendo algún tiempo interno en el Colegio de Santiago, donde era inspector Fernández Jiménez. Allí se inicia en la filosofía alemana y en los estudios de literatura y estética, gracias a don Francisco Fernández y González, y a aquellos años estudiantiles se remonta la amistad con don Nicolás Salmerón.

En 1863 viene a Madrid, al lado de su tío don Antonio de los Ríos Rosas, sobre cuya vida política ejerce no poca influencia al contacto con la nueva ideología de su joven sobrino. Frecuenta el Ateneo, el Círculo Filosófico, la Universidad, centros donde se fraguaba entonces el fervor de las ideas y los entusiasmos que precedieron a la revolución, desarrollando en ellos rápidamente su personalidad, sobre todo bajo la influencia de Sanz del Río y sus discípulos más antiguos, entrando en conocimiento y amistad con los hombres de más valer de aquella generación y conquistando prontamente el respeto y la profunda estimación de cuantos le conocían. Así se explica que a principios de 1866, habiendo ganado por oposición la cátedra de Filosofía del Derecho y Derecho Internacional de la Universidad de Madrid, su personalidad filosófica, fuertemente krausista, fuera lo suficientemente conocida para que encontrase, desde luego,

graves obstáculos oficiales, que tendían a impedir el posesionamiento de su cátedra. Poco antes de hacer sus oposiciones, en octubre de 1865, había muerto su madre, cuyo amor y cuyo recuerdo fueron en la vida íntima de don Francisco Giner, hasta la hora de su muerte, un sentimiento y un culto mantenidos con la profundidad y delicadeza de que era capaz su gran espíritu.

En el momento de posesionarse de su cátedra, en 1867, hubo de perderla, por renuncia propia, por hacerse solidario de don Julián Sanz del Río, que se había negado a hacer la profesión de fe religiosa, política y aun dinástica, que le era exigida por el ministro Orovio, como poco después lo fué también a don Fernando de Castro y a don Nicolás Salmerón. Con este motivo, la Universidad de Heidelberg dirigió a Sanz del Río un mensaje de simpatía suscrito por 63 profesores y doctores, entre ellos algunos de nombre mundial, recibiendo otro mensaje análogo del Congreso de filósofos, reunido en Praga por aquel entonces. La pérdida de la cátedra trajo grandes sacrificios privados a Giner, que al cargo de tres hermanos suyos vivía entonces como ha vivido siempre: sin otro apoyo que su trabajo.

El Gobierno nacido de la revolución triunfante repuso en 1868 a todos estos profesores en sus cátedras. En el vivaz y entusiasta período político que va hasta la Restauración no interviene don Francisco Giner de un modo público y ruidoso, ni se afilia a ningún partido, pero conviviendo con casi todas las grandes figuras que se hallaban al frente de aquellos movimientos históricos, y siendo de muchas de ellas respetado consejero, es el alma de todas las reformas que se llevan a la enseñanza universitaria y que luego han ido realizándose paulatinamente, colaborando íntimamente con los ministros don José Ferrando González y don Eduardo Chao y con el director don Juan Uña, y defendiéndolas denodadamente en el claustro con don Fernando de Castro y don Augusto González de Linares. Y aunque, desde luego, sus ideas filosóficas y sociales le situaban del lado de los que rompieron la vieja forma de la Monarquía, radical, como nadie, pero antirrevolucionario por principios, no simpatizaban con ninguna de las soluciones extremas que entonces buscaron el triunfo. A esta actitud corresponde, sin duda, el único acto político que en su vida hizo de las muchedumbres, defendiendo la candidatura de Salmerón en el mitin de San Isidro.

En 1875, al advenimiento de la Restauración, sufre la vida de don Francisco Giner una crisis profunda, correspondiente a la que sufrió la nación toda. Aquel mismo año el ministro Orovio —nombre triste—



mente unido a la persecución de nuestros hombres más ilustres— volvió a cometer un segundo atentado contra la libertad de la cátedra. Giner y sus discípulos y amigos. Linares Calderón, Azcárate, Salmerón y Morralvo, protestaron del decreto ministerial y fueron procesados, encarcelados, desterrados y, en fin, separados de sus cátedras; renuncian a ellas Castelar, Montero Ríos, Figuerola, Moret, Val, Messia; protestan y son suspensos de empleo y sueldo Muro, Varela de la Iglesia, Eduardo Soler, Hermenegildo Giner. Hay detalles interesantes en lo que a Giner respecta. Una vez enviada su protesta fué llamado para rogarle, en nombre de Cánovas, que la retirase, pues éste aseguraba que el decreto ministerial, con el que no estaba conforme, no llegaría a cumplirse. Giner contestó, con toda altura y dureza, que el señor Cánovas tenía 'a «Gaceta» para deshacer la iniquidad que desde ella se había hecho, y que no podía pretender de él una indignidad. Y aquella misma noche, habiéndose retirado a casa enfermo con fiebre, fué arrancado del lecho a las cuatro de la mañana para ser trasladado preso, entre guardias civiles, a un castillo en Cádiz. Fué a verle allí el cónsul de Inglaterra, ofreciéndole su apoyo y el de la opinión inglesa, apoyo que rechazó Giner, diciendo que el Gobierno español sabría lo que hacía y que, sin duda, había obrado y resolvería justamente. Sin embargo, «The Times» dió al asunto toda la importancia que tenía. Después de algún tiempo en que tuvo por cárcel la ciudad de Cádiz, fué, al fin, destituido de nuevo de su cátedra, así como los demás compañeros de protesta.

Reunidos en Madrid estos ilustres profesores sin cátedra, surgió en don Francisco la idea de fundar una institución libre de enseñanza, sin más intención que la de seguir profesando libremente su misión, ya que la Universidad les arrojaba de su seno, y mantener la cohesión entre sí. Esta idea inicial vaga ha ido concretándose en una obra perfectamente definida y en la que se ha acumulado lentamente la energía espiritual más elevada y consistente que ha habido en estos últimos cuarenta años; pero esta obra sigue teniendo el nombre provisional e impreciso de los primeros momentos: Institución libre de enseñanza. El iniciador de ella y su alma siempre fué don Francisco Giner.

Fueron los fundadores un núcleo de hombres venerables que se agruparon frente a la Restauración: Giner, Figuerola, Salmerón, Moret, Azcárate, Linares, Montero Ríos, los Calderón, Messia, Hermenegildo Giner, Soer, García Labiano... Profesaron, aparte de los fundadores, don Juan Va'era, Pelayo Cuesta, Labra, don Juan Uña, Ruiz de Quevedo, don Bienvenido Oliver, don Eulogio Jiménez, Gamazo, Atienza, don Federico Rubio, Simarro, Quiroga, Gabriel Rodríguez, Fernández Jiménez y otros muchos. Muchos de ellos fueron reabsorbidos pronto por la política de la Restauración y dejaron de colaborar activamente en la obra. Fué al principio ésta una escuela de estudios superiores, una especie de Universidad libre; pero pronto, ya desde 1878, fué moldeándose la Institución en el sentido que Giner la infundiera, estableciendo en ella (siempre como en su fundación, sin subvención alguna oficial, con el sólo concurso de la iniciativa particular) fundamentalmente estudios de primera y segunda enseñanza y convirtiéndose en una obra esencialmente pedagógica, «completamente ajena a todo espíritu e interés de comunicación religiosa, escuela filosófica o partido político; apartada de apasionamientos y discordias de cuanto no sea, en suma, la elaboración y la práctica de sus ideales pedagógicos», como dicen sus estatutos.

Para Giner, el problema de España fué convirtiéndose cada vez más en un problema de educación. Abierto su complejo y profundo espíritu a la atención de las artes pedagógicas, puso en ellas todo el

fervor de su alma, para la que la Institución era la obra destinada a ejecutar la forma de su maestro Sanz del Río: traer 'a ciencia al servicio de los hombres. Sus discípulos, sus compañeros, le siguen en su actividad, siempre flexible y creadora. El 78, Torres Campos trae de París el sistema de excursiones escolares. Cossío acude, en 1880, al Congreso Internacional de Enseñanza de Bruselas, donde aprende los métodos pedagógicos de la Escuela Modelo; el 84, Giner y Cossío afirman en Londres los principios pedagógicos ingleses que ponen en la formación moral del carácter y en los juegos como fuerza ética, la base de la educación, y completan con esta visión directa de la vida inglesa el influjo que a través del matrimonio Riaño (don Juan Facundo Riaño y doña Emilia Gayangos) habían recibido del refinamiento y poesía de las costumbres inglesas; un nuevo viaje del 86, en que Giner, con Cossío y otros discípulos, visitan Francia, Bélgica, Holanda e Inglaterra, enriquece todas esas influencias que 'a amistad y la comunicación constante con sus amigos Pecaut, Marion, Buisson, James Guillaume, Compayré, Bréal, Sluys, Capper, Harris, lord Sheffield, etcétera, continúan constantemente robusteciendo.

Y para comprender toda la magnitud de la obra pedagógica de Giner no hay más que recordar lo que España ha ganado, por lo menos en conciencia y comprensión de los problemas pedagógicos desde el Congreso Nacional de 1882 hasta hoy. En aquel Congreso, en que la Institución salió por primera y única vez de su labor callada científica y pedagógica, encontramos el contraste más palpable y doloroso entre los hombres como Giner y Costa y sus discípulos, y el atraso que se enseñoreaba de la nación. En este Congreso, después de haber hablado Cossío y Costa, rodeados de la hostilidad y la incomprensión generales, improvisó don Francisco Giner un discurso (su segundo y último acto público), lleno de ciencia, de nobleza, de sinceridad y de indignación, quedando en su alma, desde aquel momento, una melancólica desconfianza en 'a acción rápida sobre las muchedumbres, que le afirmó definitivamente en que la única labor honrada y posible era la formación lenta y cuidadosa de los hombres de mañana desde su primera niñez.

Vive desde entonces consagrado a su cátedra de la Universidad, en la que fué repuesto el año 1881, y a la enseñanza en 'a Institución, al estudio de los problemas filosóficos y pedagógicos, a la comunicación con todos los que se acercaban a él en demanda de consejo y de enseñanza, al goce de la Naturaleza y del Arte, a la satisfacción de las necesidades de su espíritu, curioso de todo y eternamente joven; a la exaltación de toda su vida a un ideal de perfección moral ilimitada. Los resultados de toda esta energía inagotable son tan hondos, tan múltiples, tan delicados, que no es posible señalar en su individualidad ni en su proceso, sino que hay que saberlo ver en tantos hombres como han dado los mejores frutos de su espíritu, merced al contacto con el espíritu de Giner; en tantas instituciones, públicas y privadas, que en 'a conciencia de todos están y que fueron creadas por gentes encendidas por el fuego de aquel corazón; en una influencia difusa en todas las actividades pedagógicas, científicas y sociales españolas, que seguramente se ha traducido en un levantamiento del nivel moral e intelectual de una parte de nuestro país.

Extendernos más sobre 'a vida de este apóstol sería grato a todos, a nosotros en particular, pero nos lo veda el tiempo y el espacio para darle mayores vuelos a la labor nuestra. Creemos suficiente lo expuesto para que la generación presente sepa de quién se trata. Un educador de generaciones progresivas, un hombre bueno y un entusiasta de la elevación moral del pueblo español.



# ¿Interpreta la F. I. J. L. el momento actual en su justo valor en relación con su misión fundamental en el orden de captación?

Para lo que fué creada la F. I. J. L.

Por CIPRIANO D. GONZALEZ

De la misión fundamental para la que fué creada la F. I. J. L. se tuvo —aun se tiene—, por parte de algunos militantes del movimiento juvenil libertario, una concepción diametralmente opuesta a la realidad. De aquí el hecho —que yo no vacilo en catalogarlo de insólito— de que la F. I. J. L. prescindiera en su actuación diaria de algo francamente fundamental, hasta el punto de determinar la razón de su existencia.

En el movimiento anarquista español se hacía patente, con acusados caracteres, un gran vacío. La Orden de las mejores pinturas y grabados relativos a la biografías de grandes banqueros y de reproducciones delimitadas: la primera, como misión fundamental, tenía —tiene— el agrupar a la gran masa de Anarquista Ibérica, tenían sus actuaciones concretas: organización Confederal, como igualmente la Federación proletarios del país, organizando la resistencia necesaria contra el capitalismo; conseguir, paso a paso, todas las conquistas económicas necesarias y organizar la nueva convivencia económica bajo unos preceptos fundamentalmente equitativos, una vez derrocada la sociedad capitalista. La segunda, enmarcar en su seno a las minorías selectas, de convicciones y pensamientos anarquistas, a fin de impregnar la savia revolucionaria a la C. N. T.; velar por su pureza doctrinal y organizar los cuadros de defensa de la misma. Existía, pues, como decimos anteriormente, un gran vacío a llenar en el movimiento libertario. Hacía falta, era imprescindible, la creación de un movimiento juvenil, con tácticas y fundamentos esencialmente juveniles, para agrupar las simpatías de los jóvenes trabajadores hacia el anarquismo, incorporándolos a los cuadros de la Federación Anarquista Ibérica y de la Confederación Nacional del Trabajo.

Cientos de jóvenes lo comprendimos a la perfección. El 22 de junio de 1932 nos reuníamos en Congreso Constitutivo en Madrid, dictaminando en la Ponencia para las Declaraciones de Principios:

«El esfuerzo de esta Agrupación tenderá a crear en los jóvenes una convicción libertaria, a fin de prepararlos individualmente para luchar contra todas las formas autoritarias, tanto en el terreno sindical como en el ideológico...»

Nuestros nobles anhelos se habían realizado. La misión del organismo que se creaba era un magistral complemento de los que eran nuestros padres. Se había llenado el vacío, dando un conjunto armonioso al movimiento anarquista.

La F. I. J. L., con sus declaraciones, hizo culminar un anhelo: una necesidad que se hacía francamente imperiosa, se cubría a la perfección.

**La F. I. J. L. tergiversó, en parte, su misión**

Por incompreensión, o motivado a múltiples factores de orden insuperable, la Federación Ibérica de Ju-

ventudes Libertarias tergiversó, en parte, lo fundamental de la ruta que había de seguir. En algunos, estas afirmaciones tendrán un gran sabor a erroneidad o inverosimilitud. Mas, para nosotros, son lo suficientemente lógicas. En el propio Congreso Constitutivo, Madrid presentaba una Ponencia que, entre otros vaticinios y consideraciones, manifestaba lo siguiente:

«Para unificar el posible movimiento subversivo, y considerando que las Juventudes serán fuerzas de vanguardia, creemos que rápidamente debe de organizarse:

1.º—Que una parte del Comité Peninsular se dedique a este fin revolucionario para saber en todo momento el estado para la acción de las diferentes partes de nuestro Organismo.

2.º—Como quiera que sin medios todo esto puede quedarse sin hacer, creemos conveniente:

a) Si las Juventudes acuerdan cotizar a la manera sindical, un tanto por ciento se dedique a este fin.

b) Si no es así, aun en este caso creemos que debe ponerse en circulación un sello peninsular análogo al de la F. A. I. Nada decimos, por considerarlo superfluo, de nuestra marcha acorde con la F. A. I. y la C. N. T., pues somos tres brazos de una misma causa.

No insistimos en decir que el Grupo es la base de nuestra acción; (1). La iniciativa Local y Peninsular prevé, por conocimiento estadístico, el punto crítico en que tocar a la burguesía.»

Se vislumbraba, con marcados caracteres, la desviación que la F. I. J. L. sufriría. No execramos el espíritu, la tergiversación más bien, que el Organismo juvenil, a través de su actuación, y despuntado por la Ponencia de Madrid, sufriría. No somos tan ingenuos que, ante nuestro convencimiento de lo contrario, lleguemos a la exaltación del sectarismo. Si reconocemos errores, también reconocemos virtudes. Ahora bien: en nuestro examen analítico encontramos más de los primeros que de las segundas.

La F. I. J. L. inicia su actuación. Nadie puede negar la postergación absoluta del fundamento de la misma. Enfrascada en una activa lucha, tomando los grupos de afinidad como base de organización (2), relegaba momentos tras momento el carácter palinagnésico y de agrupación que había adoptado en sus Declaraciones de Principios. En un Congreso que la Regional Juvenil de Andalucía celebraba el 27 de febrero de 1934, y a propuesta de Melilla, se aceptaba la siguiente Ponencia, en contraposición de otra presentada por el Comité Regional, en la que abogaba por la Revuelta a los fueros que marcara el Congreso Constitutivo en sus Declaraciones de Principios:

«1.º—Constituir en nuestra Organización COMI-

(1) *El subrayado es nuestro.*

(2) *Método de organización de la F. A. I.*



TES REVOLUCIONARIOS, dejándose en completa libertad para realizar esto a toda la Organización.

2.º—Estructuración de los Comités Revolucionarios.

a) Un delegado por cada Juventud, en lo que respecta a las Federaciones Locales: en la provincia, un Comité Provincial.

b) Estos Comités habrán de ser integrados por compañeros de absoluta confianza y responsabilidad.

c) La designación de estos camaradas ha de ser en secreto.

d) Sus labores han de completarse en el estudio estratégico de sus poblaciones y sacar una estadística de todo lo concerniente al aspecto revolucionario, procurando a la vez de proveerse de elementos materiales.»

Se continuaba la ruta equívoca. Las Juventudes Libertarias se convirtieron en una específica más, vegetando en un círculo vicioso. La F. I. J. L., con aquella trayectoria, jamás podría ser la Organización de la Juventud, sino sólo un organismo que agrupaba a contados jóvenes dedicados a la lucha intensa.

¿Labor palingenésica? ¿La de propaganda y captación? Quedaban al margen puesto que la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias le había usurpado a la F. A. I. su razón de existencia.

### La revolución de julio incorpora a las Juventudes Libertarias al sendero que abandonaran

Después de la borrasca, las aguas vuelven a su cauce normal. Julio, el julio de la magnífica Revolución española, ha trastocado posiciones, ratificando a determinados organismos el «rol» de donde no se debían haber apartado. Ello ocurre con nuestra F. I. J. L. Por un hecho virtuoso —permítasenos la frase— o insólito, si se quiere. Lo cierto es que, a tenor de las actuales circunstancias, la F. I. J. L. encuentra a su paso múltiples posibilidades para rectificación de conducta, que catalogamos oportunísima. No caemos en el sacro error de propugnar por la extirpación de la obsesión revolucionaria que convive en nuestro Organismo. Eso, jamás. Pero se hace absolutamente necesario el añorar nuestro objetivo primordial, injustamente relegado de nuestra actuación. Desde julio acá las posibilidades de agigantan día a día, teniendo hoy un gran margen de actuación en el aspecto de captación, educación, etc.

Con el surgimiento de la F. I. J. L. a la luz pública se ha conquistado una ingente personalidad. La pléyade de jóvenes que acude a nuestra fila es tan elevada, que jamás sospechó nuestra mente el poder contar con la multitud de elementos que hoy auspicia nuestro organismo juvenil. Ciertamente acuden sin

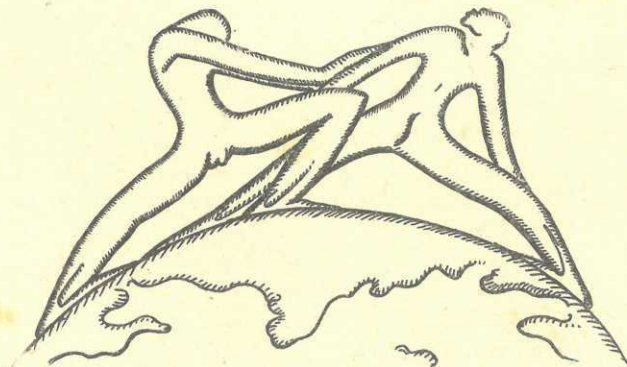
ideas. ¿Dudarlo? En modo alguno. Mas aquí radica el motivo, la causa determinante de lo que apuntamos. Las Juventudes Libertarias precisan de un nuevo método de actuación que haga posible la retención en nuestras filas de los jóvenes que acuden ávidos de superación, a fin de infiltrarles paulatinamente la ilustración social imprescindible para hacer de ellos verdaderos militantes del movimiento anarquista.

### La legalización de la F. I. J. L. es decisiva para su resurgimiento

De la legalización de la F. I. J. L. se tienen varias interpretaciones, la mayoría de ellas completamente erróneas. Unos afirman, en sus ingenuas apreciaciones, sobre el particular, que al haber aceptado la legalización de la F. I. J. L., nos hemos comprometido a ser consultados cuando se produzca cualquier crisis de Gobierno. Otros afirman, con los mismos aires equívocos, que la F. I. J. L. por el sendero que marcha, caerá indudablemente en el colaboracionismo más desenfrenado. ¡Terrible equivocación! La Federación Ibérica de Juventudes Libertarias, al legalizarse, no lo hace con la finalidad de enfrascarse en las tareas de Gobierno. Deséchense, por erróneas, tales apreciaciones, puesto que la F. I. J. L. tiene su actuación y finalidad bastante delimitada.

Al incorporarse a su verdadero cauce, la F. I. J. L. precisa de un amplio margen de libertad para desarrollar sus tareas de captación y educación juvenil. Nuestro Organismo precisa de Centros Culturales, de organismos de Fisi-cultura para la educación y capacitación físico-cultural de la juventud, etc. Y esto, quíerese que no, requiere la legalización. He aquí el porqué de haber aceptado la legalización. Por otra parte no podemos exponer —implicaría su pérdida fatal— a la juventud que acude a nuestras filas sin convencimientos, a la aventura de una clandestinidad que hoy no vacilamos en catalogarla de suicida para nuestra Organización. Ayer podría ser factible la clandestinidad. Admitámoslo. Pero en las actuales circunstancias no podemos circunscribir nuestra actuación a sus estrechos moldes. La legalización es hoy decisiva para el resurgir esplendoroso de nuestro movimiento.

Hacemos el interrogante con que encabezamos el presente trabajo: ¿Interpreta la F. I. J. L. el momento actual en su justo valor, en relación con su misión fundamental en el orden de captación? Para nosotros, aunque no todo lo amplio que precisa, va interpretándolo fielmente. Atisbos, vislumbraimientos inequívocos autorizan a verter tales afirmaciones, a proclamar tales vaticinios. Contrastando el ayer y el hoy, nuestra actuación pasada y presente, sacamos una concreción bastante halagüeña.





# ARTE

## Su transcendencia

por Angela Ausias



El arte es una necesidad para el hombre. Al decir arte me refiero a la manifestación externa de los sentimientos, aureolada de belleza.

No hay belleza sin arte ni arte sin belleza. Es un producto del medio en que se desenvuelve la existencia del genio creador. Espontáneo y personal. Ni moral ni inmoral. Puramente amoroso. Fruto sabroso de la época.

Remontándose la imaginación, ayudada por la observación y estudio de las fuentes históricas, a los tiempos prehistóricos, ve, con mis ojos poderosos de gigantesco lince, a los primeros pobladores de la tierra, que dentro de la vida animal y rudimentaria que llevaron, producían, en pleno salvajismo, algunos seres que necesitaban plasmar sus ideas, propias y características de aquella vida. Como nos la atestiguan palpablemente las pinturas rupestres de los trogloditas, demostración más que suficiente de la necesidad imperiosa e instintiva de dar rienda suelta a esa energía artística que poseen los elegidos.

Esos ojos enormes, adentrándose mucho más en las espesuras, ven con regocijo indescriptible cómo careciendo de otros instrumentos, esos hombres naturales modelan su voz armoniosamente para ofrecer al aire las notas suaves o atronadoras que revelan el estado de alma, a través de melodías reflejadas del cantar de los torrentes, del silbido de las ramas al atravesarlas el viento imprudente; el gorjeo de los pájaros y el sordo rumor de las fieras en la selva.

Viajera infatigable, la poderosa, camina por aquel mundo, situándose en elevada colina, para no perder detalle de la ceremonia religiosa o conmemorativa que están representando, y no puede menos de asombrarse ante el espectáculo que se le ofrece.

También poseen otra manifestación artística. Adoran ídolos fantásticos que nos recuerdan al astro del día, otros a la fauna fabulosa que encontramos en los Museos de la Zoología prehistórica... Y la compañera inseparable de la juventud sigue su marcha deteniéndose en todas las épocas que progresivamente van adelantando en civilización, y encuentra siempre ese deseo de los hombres de crear, que los iguala a los dioses.

Se sitúa en la magna Grecia, la madre del arte ya refinado, que ha quedado como expresión de aquellos bellos tiempos en que se ha cantado, como nunca, a la Naturaleza y al amor esplendente...

Luego Roma, imitadora de la insuperable Hélada, que logra imponerse espiritualmente a sus vencedores, deja también sus obras que nos dicen de esta etapa guerrera y egoísta, infinitamente más de lo que nos puedan decir las páginas documentadas de la Historia.

Y así, con las botas de mil leguas, seguimos la marcha, entreteniéndonos en todas las épocas, hasta llegar a la triste Edad Media, de señores y lacayos, con sus gestas guerreras de caballeros feroces, encerrados en sus castillos y refugiados en la iglesia como dentro de caparazón de tortuga monstruosa, infinitamente más resistente que sus pesadas armaduras.

Como reflejo de esta época, en que la cultura estaba reclusa en los conventos y castillos, para regalo único de príncipes y poderosos, y la miseria paseaba por las lóbregas callejuelas y casuchas de los pueblos feudales, cercados de elevados murallones y fosos, nidos del paludismo, focos infectos del cólera y viruela, que exterminaban al pueblo, colaborando con las guerras caprichosas de los eternos amos. También poseemos elocuentes producciones.

Me haría interminable si fuese enumerando las distintas épocas en que el espíritu rebelde del artista tiene que surgir del anónimo para hacerse inmortal, ante la expresión de momentos transcendentales en la vida de los hombres.

Finalizando el obscurantismo medieval se levanta poderoso el Renacimiento. Surgieron claros manantiales fertilizadores del campo artístico. La Ciudad Eterna fué la madre que primero dió a luz a los labriegos de esta campiña a cultivar, pobre a causa de tanto tiempo de abandono.

Vinci, Rafael, Tiziano, Cellini y tantos otros produjeron abundante cosecha, alimentadora del espíritu a través de los tiempos.

Pronto este movimiento cultural y artístico se extendió a todos los países, que nos han dejado igualmente numerosas representaciones.

Continuando... La Inquisición, con sus refinados y famosos «autos de fe». Espectáculos macabros en las plazas públicas, donde se levantaba un entarimado para la presidencia, formada por las principales autoridades de la Santa Iglesia, que disponían, para sus manejos criminales, de un grupo de lacayos organizados que titulaban Santa Hermandad. Y allí, a la vista del pueblo que no había sido educado para comprender, los condenados, revestidos del sambenito, eran entregados al hambre devoradora de las llamas, con la efigie de Jesús colgando de sus cuellos.

En este ambiente de asfixia se ahogaron muchos genios; pero no por eso ha dejado de estar perfectamente representado.

Goya, el pintor del pueblo, procedente de Roma, hace notar su presencia en Madrid durante el reinado de Carlos III, llevando al lienzo, con su maestría particular, estas tristes escenas.

Su genio indomable penetra en los salones del Borbón más incapacitado que se sentó en el trono, dejándonos maravillosa representación de todas las miserias de esta gente, y obras de una gran fuerza descriptiva, en las que representa al pueblo en todos los aspectos de la lucha franco-española.

La Revolución francesa, la Revolución rusa y actualmente la Revolución y la guerra de esta España rebelde, cual ninguna nación lo ha sido, han encontrado al grupo escogido de artistas de temperamento inquieto, que plasman con entusiasmo y acierto el alma de los momentos transcendentales de los pueblos.

Mi admiración camina directa hacia estos genios que saben crear para la posteridad, ayudados por su exaltada inspiración, rebeldía innata, su sensibilidad y técnica adquirida.

Nuestra Revolución, madre amorosa, que en su cávido regazo cobija y da vida con su manantial inagotable a todos sus hijos, trabaja abnegadamente. Va sembrando el campo, limpiándolo de asperezas, para ofrecer espléndido, amplio y muelle prado, donde los poseedores del secreto del arte puedan descansar su energía creadora.



"La Revolución Española"

## Labor constructiva en el campo

por H. Noja Ruiz

*Libro imprescindible  
a las colectivida-  
des campesinas*

Precio: 1,50

Una interesante publicación

## Crónicas del frente de Madrid

por Mauro Bajatierra

*Editada por las Oficinas  
de Propaganda del  
C. N. de la C. N. T.*

Precio: 4 ptas.

Inicia-  
ción a  
los problemas  
económicos del  
Mundo

## Geografía Económica

por  
Harrabín

*Un libro de  
palpitante y ver-  
dadera actualidad*

por Camilo Berneri

## Mussolini a la conquista de las Baleares

Precio: 4 ptas.

*Un libro cuya  
lectura sacude fuer-  
temente el espíritu*

por H. Noja Ruiz

## AMOR Y SEXUALISMO

Precio: 6 ptas.